EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

JUSTOS POR PECADORES,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE JULIO DE 1871.

EL TEATRO.

TÍTULOS.	Actos.	Propiedad que corresponde.
Á tal amo tal criado....................	1	Todo.
Al que se hace de miel..................	1	Id.
Don Ramon de la Cruz......	1	Id.
El amor y la astucia....................	1	Id.
El barómetro..............................	1	Id.
Entre el nieto y el abuelo................	1	Id.
La firmeza de un gallego ó las últimas elecciones............................	1	Id.
La petaca..................................	1	Id.
La verdadera nobleza....................	1	Id.
La astucia de un andaluz................	1	Id.
Nubes......................................	1	Id.
Pobres y ricos............................	1	Id.
Receta para casarse......................	1	Id.
Un hombre comprometido................	1	Id.
Un momento de locura..................	1	Id.
Una perra y un gato....................	1	Id.
Amor, honor y poder....................	3	Id.
El testamento de Acuña................	3	Id.
La astucia de un asistente..............	3	Id.
La mosca blanca..........................	3	Id.
Los secuestradores de Andalucía.........	3	Id.
Los dulces de la boda....................	3	Id.
Los niños grandes........................	3	Id.
Odio y amor..............................	3	Id.
C de L. (Zarzuela.)......................	1	Libro y música.
Cuatro demonios y un cabo..............	1	Id. Id.
Chamusquina ó la Hija del petróleo.......	1	Libro.
¡¡¡Palomo!!!..............................	1	Libro y música.
Tamberlik, Mario y Latorre..............	1	Id. Id.
Un sevillano en la Habana..............	1	Id. Id.
=Tocar el violon..........................	1	Libro.
El marino..................................	2	Libro y música.
=¡El Teatro en 1870!!....................	2	Libro.
Los dragones..............................	2	Libro y música.
Justos por pecadores.....................	3	Id. Id.

JUSTOS POR PECADORES.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

l aul or y la moda.
Em oro y el tigre.
EE embuste y una boda.
Eltdo son raptos.
Undro el marino.
Tocuello de la camisa.
Pe palacio y er la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
As en puerta.
Los dos inseparables.
Una nube de verano. (Cuarta edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres.
Sapos y culebras.
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La perla negra.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Cuarta edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La bolsa y el bolsillo (2).
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (Segunda edicion.)
La agonía. (Segunda edicion.)
Flores y perlas. (Cuarta edicion.)
Dios sobre todo.
Las hijas de Eva. (Tercera edicion.)
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural.
La cosecha.
La conquista de Madrid. (Segunda edicion.)
Cadenas de oro (4).
Una revancha.
La ínsula Barataria.
Punto y aparte.
En brazos de la muerte!
¡Bienaventurados los que lloran! (Cuarta edicion.)
El bien perdido.
Oros, copas, espadas y bastos. (Tercera edicion.)
Los órganos de Móstoles.
Los infiernos de Madrid.
El ángel de la muerte.
La varita de virtudes.
Los misterios del Parnaso.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
Los hijos de la costa.
Justos por pecadores.
El Caballero de Gracia.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete

JUSTOS POR PECADORES,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. LUIS MARIANO DE LARRA,

MUSICA DE LOS

SEÑORES OUDRID Y MARQUÉS.

Representada por primera vez en el Teatro de la Zarzuela el dia 25 de Octubre de 1871.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1871.

PERSONAJES.		ACTORES.
MAGDALENA................	Sras.	Isturiz.
LA MARQUESA............		Soldado.
ANITA.....................		Montañés.
EL MARQUÉS DEL PRADO...	Sres.	Calvet.
JUAN........................		Loitia.
CANUTO.....................		Caltañazor.
JORGE.......................		Dalmau.
DON LUIS..................		Vanden.

Damas, caballeros, campesinos, etc., etc.

La accion pasa en la provincia de Granada á mediados del siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Sitio pintoresco á la entrada de un pueblo.—Á la izquierda la verja de una casa de campo.—Á la derecha una casita rústica con puerta y ventana practicables, cubiertas de enredaderas.—En el fondo casas y chozas y una colina que cruza el teatro de derecha á izquierda y se pierde entre los bastidores.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, canto lejano y el teatro solo. Á poco salen los ALDEANOS por distintas direcciones.

MUSICA.

ALDEANOS. Arriba muchachas,
que es dia de boda;
venid á la fiesta.
venid á bailar,
á ver si van pronto
por ese camino
las mozas solteras
de todo el lugar.

ALDEANAS. Aquí estamos todas
vestidas de gala;
se trata de boda

y es justo bailar,
á ver si nos llevan
por ese camino
los mozos solteros
de todo el lugar.

ESCENA II.

DICHOS, CANUTO, por el foro.

CANUTO. Buenos dias, compañeros.
ALDEANOS. Oh, Canuto! qué tal va?
CANUTO. Esperando á Magdalena.
que no debe ya tardar.
ALDEANOS. Si la esperas sentado
mejor será,
que si de pie la esperas
te cansarás.
CANUTO. Por qué? por qué?
ALDEANOS. Callando, callandito
te lo diré. (Todos le rodean.)
Ella es una muchacha
que vale mucho
y tú eres á su lado
un avechucho.
Ella tiene quien la haga
el rendibú
y á ella le gusta un mozo
que no eres tú.
CANUTO. Mentira es!
ALDEANOS. Callando, callandito
te lo diré.
Ella tiene en el alma
algo escondido
y tú sabes muy poco
para marido.
Tendrá que ver
que te quedes sin novia

y sin mujer.

CANUTO. No hay en toda Granada
ni su provincia
moza más bien criada
ni rebonita.
Y ya vereis
como sin ser mi novia
es mi mujer.

ALDEANOS. No hay tal, no hay tal
y ella dentro de poco
te lo dirá.

CANUTO. Idos de aquí,
que yo sé que esa moza
me quiere á mí.

ALDEANOS. El baile y la zambra
empiece aquí ya;
que lleve Canuto
bailando al compás.
Verá las parejas
reir y bailar
y él hecho un espárrago
solito estará.

CANUTO. Bailad, bailad,
mientras echo á mi novia
una toná.
Moreno pintan á Cristo,
morena es mi Magdalena,
si quieres un amor dulce
échale azucar morena.

ALDEANOS. No está muy mal,
pero á las magdalenas
échales sal.

ALDEANAS. El que quiera en este mundo
de arañazos estar libre,
no haga fiestas á los gatos
ni á las mujeres se arrime.

ALDEANOS. Para el veneno triaca,

el agua para la sed,
para las sardinas vino,
para el hombre la mujer. (Se van por el foro.)

HABLADO.

CANUTO. Ni siquiera ha abierto la ventana. ¿Será verdad lo que dicen esos brutos? Si habrá salido Magdalena y estará en la plaza? Vamos á verlo. (Váse derecha.)

ESCENA III.

MAGDALENA, abre la ventanana de su casa y se asoma á ella.

Eran ellos. Sin duda venian para que los acompañara á la boda. No le veo. Por qué no habrá venido como de costumbre á darme los buenos dias? Si tanto me quiere, por qué se esconde de todos para decírmelo? Ah! Canuto! ¡Que no me vea! (Entra y cierra.)

ESCENA IV.

CANUTO y D. LUIS foro.

CANUTO. Por aquí, caballero!
LUIS. Ya te sigo!
CANUTO. Esta es. Gran fachada, eh? (Enseñándole la casa de campo.)
LUIS. (No le veo.) Ciertamente. (Mirando á todas partes con aire distraido.)
CANUTO. Y si llegais á comprarla...
LUIS. Desearias que te conservara tu empleo.
CONUTO. Cuál?
LUIS. El tuyo! Porque tú serás el conserge... un criado...
CANUTO. Lo soy vuestro, pero no necesito servir á nadie! tengo mis tierrecitas... soy libre....
LUIS. Ah!
CANUTO. Pues! (Estos tios se figuran que pueden mandar en todo el mundo!) El jardinero está ausente y yo le reemplazo

para enseñar la casa y ponerla en las nubes... gratis...

LUIS. No te incomodes. Abre la verja y guíame.

CANUTO. Esta... no... esta es! (Abre la verja, y se oye música lejana.) Ay, la música! los de la boda.

LUIS. No vienes?

CANUTO. Imposible, viajero, imposible! Sin mí no hay fiesta verdadera. Se trata de una boda, y si yo no estuviera seria una desolacion general.

LUIS. Pero la casa!...

CANUTO. Pareceis un buen sujeto, aunque no hay que fiarse de las apariencias; pero como no hay nada que podais robar, vedla vos solo, yo volveré.

LUIS. Ah! si no puedo robar nada... consiento.

CANUTO. Aquí estoy! aquí estoy! (Gritando.) Así me oirá ella.

LUIS. (Nada.) (Mirando á todas partes.) Vuelve pronto; mi coche está en la posada, y en cuanto vea la casa, seguiré mi camino.

CANUTO. Bien, bien!

LUIS. Hasta luégo. (Váse por la verja.)

CANUTO. Aquí estoy! (Gritando.)

ESCENA V.

CANUTO, á poco JORGE.

CANUTO. Ni siquiera se ha asomado al oir mis gritos... La dará vergüenza: pues yo no voy á la iglesia, ni al baile sin ella... Peor para todos, quese quedan sin verme?... Aquí me siento hasta que salga y me prometa no bailar más que conmigo! No me acomoda que Magdalena mire más que á mí, ni piense más que en mí!...

JORGE. Egoista! (Dándole una palmada en el hombro.)

CANUTO. Eh! Quién! Ah! el soldado... el ave de mal agüero!. (Entre dientes.)

JORGE. Cómo has dicho?

CANUTO. Es un mote amistoso que os he puesto... el ave de paso... por eso aconsejo á las pajaritas del pueblo que no se fien de un mochuelo como vos!...

JORGE. Estúpido!...

CANUTO. Un estúpido público... vale siempre más que un sábio desconocido... á quien nadie conoce... porque la verdad es, que aquí no os conoce nadie!... Ni se sabe de adónde habeis venido, ni adónde vais, ni quién sois... He oido decir á algunas muchachas que erais buen mozo.

JORGE. Eso ya es algo! (Sonriendo.)

CANUTO. No, no, pero yo no soy de su opinion!... En materia de hermosura cada uno tiene su tipo... vos sois pálido y alto... yo bajillo, gordo y colorado...

JORGE. Se conoce que á las muchachas no les hace gracia tu tipo!

CANUTO. Eso es segun y cómo! Y por último, vos podeis trastornar las cabezas de todas las del pueblo... pero hay una á la que os prohibo agradar, y es precisamente á la que estais siempre rondando.

JORGE. Magdalena! Como que es la más bonita de todas!

CANUTO. Pues por eso la quiero yo para mí. Es bonita, si señor, pero tambien es honrada y virtuosa y no la pueden gustar los militares, y ademas tiene el corazon ocupado...

JORGE. Por tí!

CANUTO. Quién sabe? Yaunque no le tuviera, y aunque fuera ciega para no haber reparado en mis atractivos, tengo un medio seguro para agradarla.

JORGE. Y cuál?

CANUTO. Qué inocente! pues no cree que voy á decírselo?

JORGE. Como que no le tienes.

CANUTO. Como que sí!

JORGE. Como que no!

CANUTO. Que sí, que sí, y que sí!...

JORGE. Mientes!

CANUTO. Yo... y os atreveis á desmentirme... á insultarme?

JORGE. Exactamente!

CANUTO. Sabeis que esas palabras podian tener consecuencias muy fatales... si no fuérais militar? (Retrocede á una mirada de Jorge.)

JORGE. Ya!

CANUTO. Conque yo miento! Conque yo no tengo medios para casarme con ella? Sabeis vos, infeliz sabio ignorante, cuál es la posicion de Juan Martin, padre de Magdalena? Sabeis que están sin recursos él y su hija, á la cual sin embargo no ha dicho él una palabra? Sabeis en fin que esa miserable casucha y todo lo que contiene no es suyo ya y que van á embargársela? Sabeis todo eso?

JORGE. Cómo! es posible!... Magdalena y su padre...

CANUTO. Eh! lo veis como no sabeis una palabra? (Haciéndole burla.)

JORGE. Cierto!

CANUTO. Pues bien! yo os doy la noticia!

JORGE. Gracias! (Sonriendo irónicamente.)

CANUTO. No hay por qué darlas! Comprendeis ahora que este estúpido... propietario de veinte fanegas de tierra y una multitud de animales domésticos, puede ofrecer algo al viejo y á su hija para ayudarlos en sus apuros, mientras que vos, un soldadillo de tres al cuarto...

JORGE. Qué

CANUTO. Porque no me querreis hacer creer que habeis ganado cincuenta ó sesenta mil ducados sirviendo al rey?

JORGE. Tienes razon... imbécil... he hecho mal en desmentirte... tu medio es excelente.

CANUTO. Ah! lo confesais.

JORGE. Debes triunfar con él.

CANUTO. Ya lo decia yo.

JORGE. Y vuelvo á darte las gracias! (Sonriendo.)

CANUTO. Por qué son ahora?

JORGE. Por la leccion.

CANUTO. Que aprovechareis?

JORGE. Inmediatamente. Adios, Canuto! (Se va por el foro.)

CANUTO. Agur, militar... anda con dos mil demonios!... Le he metido miedo y me ha dado sus disculpas... Ah! Magdalena y su padre!... Seamos... cómo diria yo? implomático.

ESCENA VI.

DICHO, MAGDALENA y JUAN, por la casita.

MAGD. Veis como estais mejor, padre mio? El aire del campo os curará completamente!...

JUAN. Ya no le necesito; ya estoy curado por tí, hija mia; calla!... aquí está Canuto.

CANUTO. Sí, señor Juan, el mismo en cuerpo y alma, que viene para hablaros de cosas muy importantes para vos y para Magdalena.

MAGD. Para mí!... es algo acerca de la boda de esta noche?

CANUTO. De boda... sí es, pero no es de esa, sino de otra.

MAGD. De otra?

CANUTO. Otra!... que se celebrará más tarde, y en la cual quisiera yo ser el novio.

JUAN. Tú?

CANUTO. (Ahora viene la implomacia!) Pues señor, cerquita de vos hay un buen mozo rubito que tira un poco á rojo, pero guapo, gracioso y bien formadito, que posee veinte fanegas de tierra, una casa muy cuca, un corazon sensible con una porcion de animales domésticos.

JUAN. En el corazon?

MAGD. Já... já... (Riéndose.)

CANUTO. Pues todo eso, Magdalena, con permiso de vuestro padre, lo desparramo á vuestros piés, por si os dignais bajaros para irlo recogiendo.

MAGD. De veras? (Sonriéndose.)

CANUTO. Os reis?

JUAN. Canuto, es que tu proposicion no deja de ser jocosa!

CANUTO. Si lo será, pero lo mejor que tiene, es que es de circunstancias.

MAGD. No te entiendo...

CANUTO. Pues es muy fácil; es de circunstancias... porque á vuestras pobres tierras, con la sequía se las han llevado los demonios; porque en los dos meses que vuestro padre ha estado enfermo y no ha podido trabajar, habeis

vivido de fiado en todas las tiendas; porque el trimestre pasado no pudisteis pagar la contribucion, y porque éste no la podeis pagar tampoco, y porque mañana tempranito con la fresca os embargan la casa, os venden los chirimbolos, y colorin colorao mi cuento ya se ¡ha acabao.

MAGD. Arruinados!

JUAN. Eso no es cierto, hija mia, no le creas, no le creas.

CANUTO. Si le creas, hija mia... sí le creas... me lo acaba de decir el recaudador de contribuciones!

MAGD. Ah!

JUAN. No hay remedio!

CANUTO. (Chúpate esa y vuelve por otra.)

MUSICA.

MAGD.
Porque, padre mio,
me habeis ocultado
la triste noticia
que este hombre me da?

JUAN.
Feliz fuiste el tiempo
que lo has ignorado;
bien pronto, hija mia,
la pena vendrá.

CANUTO.
El cielo con sus iras
os ha hecho un gran favor,
puesto que de ese apuro
os voy á sacar yo.

JUAN.
Qué dices?

CANUTO.
Ya lo ha dicho,
mi franca peticion.

JUAN.
Responde, Magdalena.

MAGD.
(Horrible situacion.)

CANUTO.
Vendo diez fanegas
y mis animales,
y con el dinero

curo vuestros males.
Pago en dos minutos
la contribucion,
y me llevo en cambio
mano y corazon.

MAGD. Ah! no!
Ah! no!

JUAN. Por qué le rechazas?

CANUTO. Decid la razon!

MAGD. Vivir con mi padre
es hoy mi alegría.

CANUTO. Esò se te pasa
desde el primer dia

MAGD. Es vivir soltera
mi solo placer.

CANUTO. Eso se te olvida
desde el primer mes.

MAGD. Hasta hoy en mi padre
tan sólo pensé.

CANUTO. Pues eso, hija mia,
se arregla muy bien,
te casas conmigo
y piensas en él.
(Vaya un capricho
original:
por qué mi mano
rechazará?
Esto no hay duda
huele á un rival;
yo no desisto
ello dirá.)

MAGD. Jamás mi mano
he de dar yo
a quien no he dado
mi corazon.
Es la miseria
mucho mejor

que el matrimonio
sin el amor.

JUAN. Si el pobre chico
nos va á salvar,
por qué su mano
despreciará?
(Yo quiero al punto
averiguar,
si otra la causa
es de su afan.)

HABLADO.

CANUTO. Conque en qué quedamos?

JUAN. Eres un buen muchacho, y te agradezco en el alma tu ofrecimiento, pero Magdalena...

MAGD. Sí! Sois muy bueno, pero... casarme con vos...

CANUTO. Es una cosa muy fácil, y puede ser que no os desagrade luégo.

MAGD. Yo os aseguro...

CANUTO. No me asegureis nada; podeis pensarlo hasta que se acabe esta noche el baile. Voy á buscar á un viajero que me espera en la casa de campo. (Habladla bien de mí, muy bien, por mucho que la digais, todavía os quedareis corto!) (Á Juan. Váse por la verja.)

ESCENA VII.

MAGDALENA, JUAN.

JUAN. Qué me dices, Magdalena?

MAGD. Que seré desgraciada casándome con ese hombre, pero... que si es preciso mi sacrificio para apartar de mi padre la desgracia que le amenaza, estoy pronto á obedeceros.

JUAN. No quiero yo, Magdalena, asegurarme el reposo de mi vejez sacrificando á mi hija.

MAGD. Qué hacer, sin embargo?

JUAN. Tengo otro recurso.

MAGD. Cuál?

JUAN. Mi antiguo general, el Marqués del Prado, el esposo de tu pobre madrina, á quien tanto amábamos y á quien llora todavía... me ofrece sin cesar tenerte á su lado al servicio de su nueva esposa.

MAGD. Yo en su casa, jamás!

JUAN. Comprendo lo penoso que te será tener que servir á nadie; pero la bondad del Marqués...

MAGD. No es eso, padre mio... no es eso...

JUAN. Entónces, qué motivo?... Cuando él mismo te solicita en recuerdo de su primer esposa...

MAGD. Justamente, ese recuerdo es el que me aterra!

JUAN. Que te aterra el recuerdo de tu madrina?

MAGD. No quiero volver á entrar en aquella casa, donde la ví morir...

JUAN. Qué dices?

MAGD. Apenas tenia yo diez años, y sin embargo, su imágen está aún fija en mi imaginacion, y sus últimas palabras resuenan todavía en mis oidos!

JUAN. Sus últimas palabras?

MAGD. «Magdalena, Magdalena» me dijo con una voz desgarradora y mirándome con terror! «Sal de esta casa, aquí sólo puedes encontrar la desesperacion y la muerte! Huye, huye de este palacio maldito, y no vuelvas nunca á él. Nunca, nunca...» murmuró todavía al morir.

JUAN. Vuelve en tí, hija mia, recuerda con cuanto cariño te devolvieron á mis brazos, y piensa que si la marquesa pudo hablarte así en el delirio de su fiebre, en cambio cuando estaba tranquila te hablaba siempre de distinto modo. La prueba está en ese mismo devocionario que te legó al morir y que llevas siempre contigo. (Magdalena saca del bolsillo el devocionario de la segunda escena: Juan le abre.) En estas líneas cariñosas que tu madrina escribió para tí en su primera página, te exhorta á que si un dia la desgracia te persigue, acudas á su familia; ya ves que tus temores son infundados.

MAGD. No puedo desecharlos: ¡su familia! Decia muy bien al morir... una extraña ha ocupado su sitio en el hogar doméstico; su hijo... á quien tanto amaba mi buena bienhechora y á quien yo no llegué á conocer, porque desde el colegio donde se estaba educando huyó al extranjero empezando su vida de disipacion, es indigno de su nombre y de su madre! No me mandeis, padre mio, no me mandeis que vuelva á aquella casa, oh! no me separeis de vuestra lado!

JUAN. Tranquilízate, Magdalena: cumpliré tu deseo, y Dios tenga misericordia de nosotros. (La besa conmovido. Jorge entra por el foro izquierda.)

ESCENA VIII.

MAGDALENA, JUAN, JORGE.

JORGE. Buenos dias, señor Juan.

JUAN. Quién? (Volviéndose.)

MAGD. (Ah, Jorge!) (Apartándose con emocion de los brazos de su padre.)

JUAN. (Es el militar que está hace pocos dias en el pueblo!)

JORGE. Perdonadme si he llegado en mala ocasion. Pero necesitaba hablaros con premura, y creo que un antiguo soldado como vos, oirá con indulgencia á uno que viste hoy el uniforme.

JUAN. Os escucho.

MAGD. (Qué irá á decir?)

JORGE. En mi regimiento teniamos la costumbre de no tomar nunca una grave determinacion sin hacer ántes, por vía de buen agüero, un favor ó un beneficio.

JUAN. Santa costumbre.

JORGE. No es cierto? Pues bien. Mi grave determinacion es no salir nunca de este pueblo, al que la casualidad me condujo al retirarme del servicio. Creo hoy, (Mirando expresivamente á Magdalena.) que me seria imposible vivir fuera de él y quiero establecerme aquí para siempre!

MAGD. (Para siempre!)

JORGE. Para no faltar á la costumbre que os he dicho ántes, tengo que hacer á álguien un favor, y he escogido para eso al mejor, al más honrado de la aldea... á vos en fin.

JUAN. Á mí! Cómo...

MAGD. (Qué dice!...)

JORGE. Sé vuestra situacion, y me atrevo á ofreceros para salir de ella la dádiva de un pobre á quien honrareis al recibirla. (Ofreciéndole un bolsillo.)

JUAN. Yo no puedo aceptar...

MAGD. Imposible!

JUAN. Imposible; yo no puedo recibirla!

JORGE. Magdalena, decid á vuestro padre que en la situacion en que os encontrais, debe pensar más en vos que en su orgullo.

JUAN. Nunca es orgullo la dignidad propia... Yo no os conozco y no puedo...

JORGE. No hagais un desprecio al que os favorece en la desgracia. Ah, Magdalena, ayudadme á convencerle.

MAGD. Yo... Padre mio...

JORGE. Tomad, tomad... si hay aquí álguien dichoso, soy yo al serviros...

JUAN. Qué hacer!... (Quedándose con el bolsillo.)

JORGE. Ah, gracias, gracias, gracias! Ahora podré no salir jamás de esta aldea! (Se retira alegre por el foro á tiempo que entra Canuto y se encuentran.)

ESCENA IX.

MAGDALENA, JUAN, CANUTO y JORGE.

CANUTO. No saldrá nunca de aquí? Qué demonios dice el soldado este? Se puede saber lo que habeis dicho?

JORGE. Ah! eres tú, buen mozo? Sigo dándote gracias por tus noticias!

CANUTO. Qué?...

JORGE. Decididamente tu medio era magnífico. (Con ironía.)

CANUTO. Mi medio?

JORGE. Hasta la vista! Hasta la vista!... (Saludando á todos, váse.)

ESCENA X.

DICHOS, ménos JORGE.

JUAN. Todavía no he vuelto de mi sorpresa. ¿Habré hecho bien en creerte y aceptar su dinero?

CANUTO. Pues qué tenia dinero ese perdido?

MAGD. Padre mio! ya debo decíroslo todo. Ese jóven, ese forastero ama á vuestra hija y es correspondido...

JUAN. Le amas?

CANUTO. Hombre, esto sí que tiene gracia; pues y yo entónces?

MAGD. Vos, perdonad, amigo mio, pero yo soy una muchacha honrada y ocultaros la verdad seria engañaros.

CANUTO. Con que es decir que me despreciais á mí, á un propietario conocido del país, por un cualquiera, por un transeunte?

MAGD. Deciros por qué y cómo le he amado á él y no á vos, me seria imposible; no lo sé yo misma. El cariño nace y no se sabe cómo; no se da una razon de lo que siente, y cuando se quiere retroceder ya no tiene remedio.

CANUTO. Eso me ha pasado á mí; ya no tengo remedio.

MAGD. Hace un mes apenas, que le ví por primera vez en la fiesta de la aldea. Su semblante pálido y triste llamó mi atencion desde luégo, y sus ojos, que no apartaba nunca de los mios, me causaban una turbacion indecible: me invitó á bailar, yo acepté, y su mano tembló entre las mias. Yo no sé como, al terminar la fiesta parecia que eramos antiguos amigos y que nos costaba trabajo separarnos. Al hacerlo me preguntó mi nombre, se acercó al puesto de un buhonero y compró para mí... (Saca del pecho un pomo de cristal.)

JUAN. Qué es esto?

CANUTO. Un frasquillo de vidrio! Pues vaya una cosa!

MAGD. Aquí hay dos cifras: las dos primeras letras de mi nombre y del suyo. Magdalena.—Jorge.

JUAN. Qué más?

CANUTO. Sí, qué más! Sobre todo, enterémonos...

MAGD. Apenas he vuelto á verle desde mi ventana; tanto he procurado huir de él y evitar su presencia. Yo temblaba ademas por vuestra vida, y me parecia un delito tener un solo pensamiento que no fuera para vos; pero hoy que el cielo os ha devuelto la salud, he sido dichosa al volver á verle, al comprender que no me habia olvidado y que su amor era verdadero.

CANUTO. Si la única prueba que teneis es ese tatarrete!...

MAGD. No le habeis oido vos mismo? Quiere vivir aquí siempre! No puede existir léjos de esta aldea. Ah! yo he comprendido sus miradas, más aún que sus palabras: él ha hecho ese ofrecimiento al padre de la que ama, y yo al suplicaros que le aceptaseis le he dado á entender que aceptaba ser su esposa!

JUAN. Su esposa!

CANUTO. Y pensar que me hubiera á mí amado de ese modo si no hubiera sido por ese frasquete!

JUAN. Vamos, Canuto; ten calma y reflexiona, que su eleccion puede no ser desacertada.

CANUTO. No eligiéndome á mí es lo más desacertado del mundo.

JUAN. Yo tomaré informes, y si ese jóven es lo que parece, puedes contar con mi consentimiento.

CANUTO. Me aplastó!

JUAN. Tú, ven conmigo: vamos á pagar juntos al recaudador, y cree que si no puedes ser mi yerno, serás siempre mi amigo.

CANUTO. Mas me hubiese gustado no ser vuestro amigo y ser vues... no, no es eso lo que yo queria decir.

(Vánse por el foro derecha. Jorge, que ha observado su marcha, baja al proscenio inmediatamenie que ellos han desaparecido.—Magdalena se vuelve sorprendida al reconocerle.)

ESCENA XI.

MAGDALENA, JORGE.

MUSICA.

MAGD. Es él!
JORGE. Magdalena,
amor mio.
MAGD. Es él!
JORGE. Al fin puedo hablarte.
MAGD. Si acaso nos ven? (Con temor.)
JORGE. No apartes de mis ojos
tu lánguida mirada;
no alejes de mi pecho
tu frente nacarada;
tu amor es mi albedrío
y el mio tu ilusion;
deja que lata junto al mio
tu corazon.
MAGD. En mí tus claros ojos
fijar puedes sin pena,
que esclava es de los tuyos
tu pobre Magdalena;
si á más de tus amores
la paz me has vuelto tú,
deja que brote de mis labios
la gratitud.
JORGE. Nada me debes!
No te amo al fin?...
MAGD. Mi padre aprueba
mi amor por tí.
JORGE. Cómo! tu padre!... (Sorprendido.)
Le has dicho?...
MAGD. Sí.
JORGE. (Ya no hay remedio;
es fuerza huir.)

MAGD. No me responde
nada tu amor?
JORGE. Sí tal; que espero
de tí un favor.
Cuando la noche oscura
su manto tienda,
y vengan á buscarte
tus compañeras,
déjalas ir,
que yo, solo y amante,
vendré por tí.
MAGD. Si mi padre consiente
en nuestro amor,
ir juntos á la fiesta
es lo mejor.
Que es gran placer
que vean á un marido
con su mujer.
JORGE. No quieres más?...
(Mañana entre mis brazos
me lo dirás.)
Yo quiero á solas
hablarte aquí
de los proyectos
del porvenir.
Ven sola, y luégo,
juntos los dos,
sabré probarte
mi inmenso amor.
MAGD. (No sé qué noto,
Dios mio, en él,
que el alma siente
pena cruel.
Si no ha de amarme
como creí,
aparta, oh cielo,
su amor de mí.)

(Un poco ántes del final del duo aparece en la verja D. Luis, que al ver á Jorge hace una señal de sorpresa, los escucha sin que Jorge le vea, y baja despacio al proscenio como marca el diálogo.)

ESCENA XII.

DICHOS, D. LUIS.

HABLADO.

JORGE. Sí, esta noche iremos juntos á esa fiesta, que me recordará la primera vez que os ví.

MAGD. Mi padre nos acompañará; ya le he confesado que estoy dispuesta á llevar vuestro nombre...

JORGE. (Ella mi mujer!...)

LUIS. (Tendiéndole la mano.) Vos aquí, Jorge...

JORGE. (Turbado.) (Cielos, don Luis!... Silencio, caballero, silencio!...) (Con rapidez.)

MAGD. (Un gran señor, tendiendo la mano á un pobre soldado... es extraño!...) (Óyese á lo léjos el coro de introduccion.)

JORGE. Ois, Magdalena, es la música de la fiesta...

MAGD. Si, es cierto: voy á vestirme para que vuestra novia os haga honor. Adios, adios! (Saluda á D. Luis y entra en su casa: se la ve un momento en la ventana escuchando con ansiedad las primeras palabras de la escena siguiente.)

ESCENA XIII.

JORGE, D. LUIS, MAGDALENA, escondida.

LUIS. Es decir que cuando abandoneis la casa de vuestro padre... señor conde...

MAGD. (Con dolor. Cierra la ventana.) (Señor conde!...)

JORGE. Os ruego que no me moraliceis: el momento está mal escogido, y no pienso perder el tiempo en oiros.

LUIS. Me oireis sin embargo. Yo lo exijo en nombre de vuestro padre, con cuya amistad me honro, en nombre del mismo afecto que rechazais y os profeso.

JORGE. Si es cierto vuestro afecto, dejadme, no me interrogueis en este instante.

LUIS. En este instante que la casualidad nos coloca frente á frente quiero que volvais al camino de la honradez que conviene á vuestro nombre. Qué habeis hecho hasta hoy de vuestra juventud? Abandonar todas las carreras apenas comenzadas, para lanzaros á esta vida errante de aventuras. Dos veces habeis huido de vuestra casa para lanzaros libremente al desenfreno de vuestras pasiones: habeis disipado la fortuna de vuestra madre y os encontrais aquí, segun mis informes, tratando de seducir á una jóven honrada con falsas promesas de matrimonio. ¿Os sorprende, pues, que enterado de vuestros propósitos, quiera evitaros una falta más á las muchas que manchan vuestra juventud?

JORGE. Don Luis, no es culpa mia si ya no existe el único ser á quien yo he amado en mi vida... ¡mi madre! La fria severidad de mi padre ha empujado á mi carácter libre en la fatal pendiente que le arrastra; y si reconozco que he abusado de mi libre albedrío, sé tambien que para retroceder en mi camino es muy tarde.

LUIS. Nunca es tarde para el bien y ménos á vuestra edad! Nunca es tarde para ver á vuestro padre!

JORGE. Mi padre!

LUIS. Os espera... os llama... y yo mismo os acompañaré. Me seguireis, no es cierto, Jorge?

JORGE. Seguiros? Abandonar esta aldea? jamás! La felicidad que no he encontrado en ninguna parte, tal vez me abre sus brazos... no, no, amigomio, no puedo seguiros.

LUIS. Quereis quedaros para perder á esa jóven!

JORGE. Para ser dichoso! Sí; la amo con locura y será mia á pesar del mundo entero. Esta misma noche, durante la fiesta, me seguirá de grado ó por fuerza.

MAGD. (Ah!)

LUIS. Pero esa mala accion no es ya una falta, sino un crímen.

JORGE. Qué decis!

LUIS. Sí, un crímen, y para evitaros cometerlo, yo mismo ad-

vertiré á su padre del peligro que la amenaza.

JORGE. Oh, no lo hareis!

LUIS. Lo haré en el acto si os obstinais en no seguirme.

JORGE. No lo hareis os digo. Para tener el derecho de ser inflexible con los errores agenos, es preciso no cometerlos: para condenar friamente las pasiones y las debilidades humanas, es necesario no ser tambien víctima de ellas! Es libre la mujer á quien amais? (Con intencion.)

LUIS. Yo... (Sorprendido.)

JORGE. De la que un dia, me acuerdo muy bien, rehusásteis enseñarme el retrato que oprimíais con vuestros labios?

LUIS. (Dios mio!)

JORGE. Yo ignoro quién es esa mujer, pero el amor que os inspira es sin duda culpable, puesto que quereis ocultarle. Si no respetais el mio, yo trataré de descubrir vuestras faltas, y os juro que si vos hablais... yo hablaré tambien.

LUIS. (Oh, retroceder es una cobardía!) Poco importa lo que penseis de mí. Insisto, pues, en que si os negais á seguirme descubro cuanto intentais al padre de Magdalena.

MUSICA.

JORGE.
Oh! no lo hareis
ó á apelar á la fuerza
me obligareis.

LUIS.
El que á un ser puro
del bien aleja,
el que á una niña
mal aconseja
y amor la finge
para su mal,
es ante Dios y el hombre
un criminal.

JORGE.
El que predica
moral severa
y finge hipócrita

virtud austera,
y luégo á solas
practica el mal,
es ante Dios y el hombre
más criminal.

LUIS. Qué quereis decir?

JORGE. Que os conozco bien
y vuestro secreto
averiguaré.

LUIS. (Dios mio!)

JORGE. Veremos
quién más teme á quién!

LUIS. (Oh!) Si á ese proyecto
no renuncias,
si en esa senda
un paso dais,
si osais perderla
sin compasion,
en voz alta proclamo
vuestra traicion.

JORGE. Si una palabra
llegais á hablar,
parto esta noche
sin vacilar.
Rompo el misterio
que ocultais vos,
y una vez descubierto
que os salve Dios!

LUIS. (Qué horror! qué horror!
devorar esta afrenta
es lo mejor.)

JORGE. Qué decidís?

LUIS. Que callaré.

JORGE. Bravo, don Luis

LUIS. (Perdí!)

JORGE. (Triunfé!)
Buena suerte, buena suerte

en proyectos os dé Dios.

LUIS. (Guerra á muerte, guerra á muerte,
ya no hay paz entre los dos.)

JORGE. Dios os guarde, Dios os guarde
de que descubrais mi plan.

LUIS. Nunca es tarde, nunca es tarde,
y otros dias llegarán.
Id de esa infamia,
jóven, en pos.

JORGE. Adios, don Luis.

LUIS. Adios, adios! (Se separan por distintos lados.)

ESCENA XIV.

MAGDALENA, sale de la casa pálida y temblorosa.

HABLADO.

MAGD. Oh! yo quisiera morir. Él! él! en quien yo creia, en quien habia depositado mi vida y mi amor. Acabo de oirle confesar que su cariño era una traicion, una mentira! Dios mio! por qué le amo aún?...

JUAN. (Dentro.) Vamos, Canuto, despáchate...

MAGD. Mi padre... mi padre... para él al ménos quiero tener valor: dadme fuerzas, Dios mio, dadme fuerzas para que no adivine mi pena, para que no conozca mis lágrimas.

ESCENA XV.

MAGDALENA, JUAN, CANUTO.

JUAN. Hija mia, viaje en balde; el recaudador no estaba.

MAGD. No estaba?... y ese oro...

JUAN. Aquí está el bolsillo...

MAGD. Ah!... Traed, traed! El ángel de mi guarda lo ha dispuesto! Padre mio, es preciso devolver en el acto á su dueño ese dinero!

JUAN. Por qué?

CANUTO. Perfectamente! Soy de esa opinion!

MAGD. Es preciso!

JUAN. Cuál es el motivo?...

MAGD. Padre mio... me habia equivocado... yo no amo á ese hombre!

CANUTO. Bendita sea tu boca! (Claro! al irnos, me volví de espaldas, comparó cuerpo con cuerpo y... qué habia de suceder!...

JUAN. Qué no le amas?

MAGD. En fin, padre mio, que yo no quiero ser su esposa y que no debemos admitir su oferta.

CANUTO. Ya lo creo que no debemos... Como que pagamos. Corro á mi casa, cojo el dinero, pago al recaudador y mañana soy vuestro marido.

MAGD. Mi marido!

CANUTO. Cabalito... ya vienen los chicos... voy á anunciárselo á todos...

MAGD. No, no, deteneos! (Durante esta escena se ha oido lejano el coro de introduccion. Entran por el foro todos los mozos y mozas y rodean á Juan y su hija.)

ESCENA XVI.

DICHOS, CORO GENERAL.

CORO. Vamos, vamos!

JUAN. Cómo es eso! Todavía no está vestida Magdalena y los novios esperando!

CANUTO. Bailando se olvidan las penas, vamos... (Ofreciendo la mano á Magdalena.)

MAGD. Perdonad, amigos mios, yo no voy á esa fiesta.

TODOS. Cómo! Por qué?

JUAN. Qué decides? (Á Magdalena.)

MAGD. Digo, padre mio, que yo no quiero que seais víctima de la miseria.

CANUTO. Vamos, claro, entónces nos casamos.

MAGD. No, amigo mio; yo no seria dichosa con vos, mejor dicho, vos no seriais feliz conmigo...

CANUTO. Vaya si lo sería!... Cuando yo lo digo...

MAGD. (Le amo aún y no podré nunca amar á otro.)

JUAN. Pero qué sucede? Qué tienes, habla.

MAGD. Quiero que me conduzcais á casa del Marqués del Prado.

TODOS. Al palacio del Marqués!

JUAN. Pero no recuerdas lo que me dijiste esta mañana... tus temores...

MAGD. Yo los desecharé!

JUAN. Tus tristes recuerdos!...

MAGD. Yo los olvidaré!

JUAN. Es necesario que me expliques...

MAGD. Padre mio... nuestra triste situacion reclama mi sacrificio... Sí yo no queria aceptar el ofrecimiento de vuestro antiguo general, era por no abandonaros. Hoy le acepto por vos y por mí. Yo os lo suplico... Marchemos ahora misme- (Allí al ménos no le veré más.)

JUAN. Pero, Magdalena!

MAGD. (En el camino os lo explicaré todo... Vamos! (Mirando con inquietud á todas partes. Juan entra en su casa.)

CANUTO. (Y no verla más!) Dejadme al ménos que os acompañe.

MAGD. No, amigo mio: vos os quedais aquí para hacerme un favor.

CANUTO. Mil, si es preciso, y en seguida que os le haga, cojo mi lio y andando; yo voy detrás!...

MAGD. Esperad á Jorge!...

CANUTO. (Ya pareció aquello.)

MAGD. Devolvedle este bolsillo, y decidle que rehusamos aceptarle, que lo sé todo... y que parto de la aldea para no volver jamás.

CANUTO. Bien, bien; yo cumpliré vuestro encargo con el mayor placer!... (Juan sale de la casa con baston y sombrero redondo y echa sobre los hombros de su hija un manto negro: todos los rodean.)

MUSICA.

MAGD. Adios, amigos mios
JUAN. Marchemos.
CORO. Id con Dios,
él guie vuestros pasos
y os dé suerte mejor.
MAGD. Adios, pobre casita,
hogar de mi niñez.
Dios quiera que dichosa
te vuelva un dia á ver!
CORO. Dios guie vuestros pasos.

(Se van por el fondo rodeados del Coro, que los cubre al espectador.)

MAGD. Te vuelva un dia á ver.

(Canuto se queda en el proscenio.—Jorge baja á él con rapidez.)

JORGE. Ya está para la fiesta
la gente preparada...
CANUTO. Es él! Verás que pronto
te doy la puñalada.

(En este instante empiezan á subir Magdalena y Juan por la colina. El Coro se reparte por la escena con la espalda al público.)

JORGE. No es Magdalena?
á dónde van?
CANUTO. Eso este imbécil
te lo dirá.

(Le lleva al proscenio en primer término formando grupo aparte.)

Ni quiere el bolsillo
que le has dado aquí,
ni quiere el dinero,
ni te quiere á tí.
Lo sabe ya todo,
(yo no sé lo que es),
y huye por no verte
y estoy á tus piés.
JORGE. Qué dices!

CANUTO. Que se marcha.

JORGE. Á dónde.

CANUTO. No hay cuidado,
al palacio magnífico
del Marqués del Prado!

JORGE. Oh, Dios!

MAGD. Es él! Es él!
(Mirando desde la colina.)

JORGE. (Es mia para siempre!)
Victoria!! (Se va por la izquierda.)

CANUTO. Le aplasté!

CORO. Dios guie vuestros pasos
y os dé suerte mejor.

MAGD. Adios, pobre casita,
adios!

CORO. Adios.

CANUTO. (Saliendo con un palo y un pañuelo atado á la espalda, corriendo por medio de todos y dirigiéndose á la colina.)
Adios!...

(Magdalena y Juan subiendo. Todos se despiden con los pañuelos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gran salon en casa del Marqués del Prado. Los criados adornando con guirnaldas y flores el salon. Magdalena y Juan entre ellos.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, JUAN y CRIADOS.

MUSICA.

Feliz es este dia
pues vuelve ya á su hogar
el hijo primogénito
del noble general.
Llenemos su morada
de mirto y arrayan
y encuentre en su palacio
placer, ventura y paz.

JUAN. Adios, hija querida,
yo puedo ya partir
pues llevo la esperanza
de verte más feliz.

MAGD. (Ay de mí!)
Eso sí!
(Esforzándose por aparecer alegre.)

CORO. Ya con nosotros queda,
perded todo recelo!
JUAN. Os dejo mi consuelo,
mi dicha y bienestar.
MAGD. Adios, padre del alma.
JUAN. En tu virtud confio!
MAGD. Es vuestro honor el mio
y limpio vivirá.
CORO. Dejadlos que á solas
aquí se despidan;
su padre se ausenta
y es justo el dolor,
como es de nuestro amo
muy justo el contento,
si el hijo perdido
hoy vuelve á su amor.
Llenemos el palacio
de mirto y arrayan
y encuentre en su morada
placer, ventura y paz.

(Se van por el fondo.)

ESCENA II.

MAGDALENA y JUAN.

HABLADO.

MAGD. Ahora he de ser yo quien os dé valor para separarnos?

JUAN. Es que yo calificaba ántes tus amores de pueriles, pero desde que estoy aquí, participo de ellos á pesar mio.

MAGD. En cambio yo ya no los tengo. La cariñosa bondad del Marqués, la deferencia con que todos mis compañeros me tratan, ha devuelto á mi alma la tranquilidad que necesitaba.

JUAN. De veras? No me engañas, Magdalena?

MAGD. Ciertamente. (Por qué entristecerle al marchar?)

JUAN. El carácter melancólico y adusto de la Marquesa, sin embargo, me preocupa; el aire triste y enfermo de mi antiguo general, me hace pensar que la desgracia no es sólo patrimonio de los pobres.

MAGD. Ya habeís visto desaparecer su tristeza en el momento que recibió ayer la carta de su hijo anunciándole su vuelta al hogar paterno, y pidiéndole perdon por sus pasados extravíos. Todo es hoy contento y regocijo; ¿por qué habeis hoy de desanimarme con vuestros temores?

JUAN. Ese hijo del Marqués, á quien no conocemos, me ha hecho pensar en su desventurada madre, que tanto te queria!

MAGD. Yo tambien pienso en ella; pero en esta misma habitacion, donde la he visto morir, sólo recuerdo á mi madrina por sus beneficios para cónmigo y por la proteccion que encuentro en los séres de su familia que la han sobrevivido. Mi talisman no me abandona y las páginas de mi bienhechora son mi salvaguardia. Si la nueva Marquesa no tiene motivos para quererme, yo procuraré hacerme amar de ella, y el Marqués, que es tan bueno!... (Deja sobre la mesa su devocionario.)

JUAN. Él es! Calla.

ESCENA III.

DICHOS y el MARQUÉS, por la derecha.

MARQUES. Eres tú, Juan?

JUAN. Yo mismo, señor Marqués, disponiéndome á partir. Vuelvo á mi aldea, puesto que, gracias á vuestra generosidad, puedo entrar en mi casa al abrigo de la miseria. Os dejo á mi hija, seguro de su porvenir, y en estos dos dias que me habeis permitido pasar á su lado, habeis grabado en mi corazon con vuestras bondades uno de esos sentimientos que no pueden borrarse nunca! la gratitud de un padre.

MARQUES. Yo que lo soy, yo que he perdonado á mi hijo todos sus

errores á la menor señal de su arrepentimiento, conozco lo penoso que te es separarte de Magdalena; pero yo te respondo de su bienestar, y te prometo desde luégo que no sólo velaré por su ventura, sino tambien por su virtud, en la que completamente confio.

MAGD. Ah, gracias, señor Marqués!

JUAN. Con qué pagaré tanta nobleza? (Suena una campanilla por la izquierda.)

MAGD. La señora Marquesa llama, no puedo detenerme más.

JUAN. Tu obligacion es primero. Adios, adios!

MAGD. Padre de mi alma!

MARQUES. Vamos, Juan, quiero acompañarte hasta el jardin.

JUAN. Señor!

MARQUES. Vamos!

JUAN. (Volviéndose á abrazar á su hija.) Adios, adios! (Váse con el Marqués por el foro derecha.)

ESCENA IV.

MAGDALENA, despues la MARQUESA.

MAGD. Adios! me parecia que le abrazaba por última vez. (Suena otra vez la campanilla.) La Marquesa! Lo habia olvidado! (Se dirige con rapidez á la puerta de la izquierda. La Marquesa entra por ella.)

MARQ. No me has oido, Magdalena?

MAGD. Perdonadme, señora; pero estaba despidiéndome de mi padre.

MARQ. Mucho has tardado! Qué haces ahí parada?

MAGD. Yo... (Turbándose.)

MARQ. Ve á mi tocador... y coloca nuevas flores en las jardineras.

MAGD. Voy, señora. (Pobre padre mio!) (Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

La MARQUESA.

Parece que todo el mundo me espía, que hasta los criados vigilan mis pasos y quieren adivinar mis pensamientos; esa misma jóven, ahijada de la mujer cuyo puesto ocupo en esta casa, parece haber venido exprofeso para recordármela. Pluguiera á Dios que su madrina viviese todavía! Todos serian dichosos... y yo más que todos ellos! (Queda absorta en sus pensamientos.)

ESCENA VI.

La MARQUESA, JOSÉ, despues CANUTO.

JOSE. (Entrando por el foro.) Señora...

MARQ. Quién?... (No puedo estar un momento sola!)

JOSE. Señora! Es un campesino, portador de una carta de don Luis de Ulloa.

MARQ. (Él! Por qué me escribe en este momento?) (Canuto se presenta en el foro y hace una gran cortesía al criado, que le impide pasar.)

JOSE. Esperad un instante; no sé si la señora podrá recibiros...

MARQ. Déjanos. (Váse José.)

CANUTO. Ya estoy aquí: abajo el talego.

MARQ. Acercaos, qué quereis? á quién buscais?

CANUTO. Yo... al señor Marqués del Prado.

MARQ. Entónces, por qué preguntais por la Marquesa?

CANUTO. Ó á la señora Marquesa, me es igual.

MARQ. Yo soy.

CANUTO. Por muchos años. (Gran mujer, Canuto, gran mujer!)

MARQ. Traeis una carta...

CANUTO. De don Luis de Ulloa. (Sacando una carta del bolsillo.) Él mismo me la ha entregado para el Marqués ó para la Marquesa, á cara ó cruz como si dijéramos.

MARQ. (Es extraño!) Dónde os ha entregado esa carta?

CANUTO. Me la ha entregado en la mano.

MARQ. Os pregunto en qué sitio.

CANUTO. En estos dos dedos.

MARQ. No es eso!

CANUTO. Que no es eso?... (Hombre, si querrá saberlo mejor que yo?)

MARQ. Os pregunto en qué lugar, en qué pueblo?

CANUTO. Ah! En una gran casa de campo que se alquila en mi aldea. Iba yo corriendo con mi equipaje al hombro, cuando me acordé que habia dejado á aquel caballero con las llaves de la casa; volví á buscarlo á tiempo que él salia; me vió afligido, me preguntó mis penas, se las conté todas; le dije las razones que tenia ántes para no ser criado de nadie; le manifesté las que tenia despues para querer ser criado de todo el mundo...

MARQ. Pero qué me estais contando?

CANUTO. Me hizo estar con él todo el dia; me dió una carta para vos y me la quitó luego; me dió otra anoche y me la volvió á quitar esta mañana, y por fin, hace tres horas que escribió la tercera y me dijo: «La quinta ó palacio del Marqués del Prado está á tres leguas de Alcalá la Real y siete ántes de llegar á Lucena, aprieta á correr, llega, preguntas...

MARQ. Esa carta!

CANUTO. Aquí está. (Se conoce que debe tener mal genio.)

MARQ. (Oh, qué imprudencia!)

CANUTO. (Qué ojos me echa.)

MARQ. «El portador de esta carta es un pobre diablo que quie- »re entrar en vuestra casa de criado.»

CANUTO. Justo!

MARQ. «Creo que puede serviros y os le recomiendo eficazmen- »te. No os le presento hoy como queria, pero os veré mañana.» Por esta carta quedais admitido.

CANUTO. Oh! dicha!

MARQ. Qué sabeis hacer?

CANUTO. Maldita de Dios la cosa.

MARQ. Entónces...

CANUTO. Pues por eso quiero servir, porque no sirvo para nada.

MARQ. Pero qué haciais ántes de venir aquí?

CANUTO. Migas... y á eso nadie me gana, ni á comérmelas tampoco.

MARQ. (Por qué viene otra vez cuando me habia prometido?...)

CANUTO. En qué quedamos? me voy ó me quedo?

MARQ. Esperad! (Llamando á José, que se presenta.) José, este jóven entra al servicio de casa; guíale y haz que le den una librea: idos.

CANUTO. Una librea! Oh! humillacion! Pero así podré verla. Dónde estará metida? (Mirando á todas partes.)

MARQ. (Oh! si viniese ahora!... evitemos su presencia!) Queriendo retirarse.)

JOSE. Don Luis de Ulloa. (Al ir á retirarse se vuelve y anuncia.)

ESCENA VII.

DICHOS, D. LUIS.

CANUTO. Ah, mi protector! Vuestra carta ha hecho un gran efecto.

MARQ. (Él! Ya es tarde!)

CANUTO. Llegais á punto de caramelo; (Á D. Luis, que entra y saluda á la Marquesa.) estábamos la señora y yo echando un párrafo... (La Marquesa le hace seña que se retire.) (Bueno, voy á ponerme la librea! No se ha hecho ella criada? pues yo tambien debo serlo y estamos iguales. (Otro movimiento de la Marquesa para que se retire.) Me voy, me voy! (Me va cargando á mí la mujer ésta! (Váse con José.)

ESCENA VIII.

La MARQUESA, D. LUIS.

MARQ. Vos aquí... qué intentais!

LUIS. Veros, morir por vos!

MARQ. Don Luis, esta casa es sagrada para nosotros. En balde recordareis mis anteriores juramentos. Al obligarme m

familia á dar la mano al Marqués del Prado, ha puesto una barrera insuperable entre nosotros! Ya os lo he dicho.—Olvidadme, partid!

LUIS. Olvidaros, jamás! Si hubiérais sido traidora á mi cariño hubiera podido maldeciros y alejarme de vuestro vista, pero sabiendo yo que me amais...

MARQ. Yo no os lo he dicho... dejadme por Dios! Dejadme!

LUIS. Pensadlo bien, Elisa: si cualquiera sorprendiese nuestro secreto, nada importaria nuestra virtud y nuestro sacrificio. Creeis que vuestro marido, que su hijo, que el mundo entero daria crédito á vuestras palabras? El amor correspondido de los que no son libres, jamás es inocente aunque lo sea! Qué sucederá entónces? Una provocacion. Un duelo... la muerte de uno de nosotros.

MARQ. Ah, Luis, Luis, en qué alternativa tan horrible quereis colocarme? Puedo hacer más que llorar en silencio mi desventura? Puedo hacer más que rechazar contínuamente vuestras palabras! Qué exigís de mí entónces?

LUIS. Este instante es supremo para nosotros. Una mirada imprudente, una pregunta insidiosa, el hecho más sencillo puede hacer descubrir al Marqués la causa de vuestras contínuas lágrimas y de mi eterna melancolía.

MAGD. (Al ir á entrar se para y los ve ántes de que pueda retroceder.) (Ah! Quién?...) (Oye lo que sigue.)

ESCENA IX.

DICHOS, MAGDALENA.

LUIS. Creedme, Elisa!... Ó la muerte y la desesperacion en esta casa, ó el amor y la ventura eterna léjos de aquí.

MAGD. (Jesús!) (Señora...

MARQ. } Qué!
LUIS. } Oh!

(Al volverse la Marquesa al ruido de Magdalena retrocediendo.)

MAGD. Nada. El señor Marqués os ruega que vayais á reuniros con él á la salida del parque (Temblando.) para poder ver desde léjos á su hijo!

MARQ. (Nos habrá oido?) (Á D. Luis.)

LUIS. (Esperad.) Es esta vuestra nueva doncella, señora Marquesa? (Disimulad al ménos hasta que yo lo averigüe.)

MAGD. (Oh, que no sospechen!) Servidora vuestra!

LUIS. No me equivoco!... Es Magdalena!...

MAGD. Me conoceis? Yo tambien creo haberos visto...

LUIS. Cómo estais en esta casa?

MAGD. Mi padre ha sido soldado á las órdenes del señor Marqués.

LUIS. Ella aquí, y hoy llega el conde!... Todo lo comprendo! (Á la Marquesa.) (¡Es nuestra!) (Á Magdalena.) (La que como vos tiene motivos para temer, debe ser muy cauta y medir siempre sus palabras.)

MAGD. No os comprendo, señor... (Qué querrá decir?)

LUIS. (Esperadme aquí... tengo que hablaros!)

MARQ. (Dejadme ir sola.)

LUIS. Voy á ver si descubro al viajero desde el mirador del bosque.

MAGD. Dios mio! qué he llegado á descubrir! (Vánse la Marquesa y D. Luis, cada uno por su lado.)

ESCENA X.

MAGDALENA.

Y es esta mujer la que ha reemplazado á mi bienhechora, y es este hombre el mejor amigo del Marqués! Y hoy llega á su casa el heredero de su nombre. Tenia razon mi pobre madrina! Esta casa está maldita! Qué hacer? Dios mio!... Por qué se ha ido mi padre ántes de descubrir yo este horrible secreto?... Sola... enteramente sola... sin un defensor... sin un amigo!...

ESCENA XI.

MAGDALEDA, CANUTO, por el foro vestido con una gran librea.

CANUTO. Se habla de un amigo—aquí estoy yo!

MAGD. Canuto! Tú aquí! (El cielo me le envia!)

MUSICA.

CANUTO. Mírame qué rozagante,
qué buen mozo y qué elegante,
y qué cuco estoy así.
Mírame qué retrechero,
y qué largo y sandunguero,
y qué bien me han puesto á mí!
MAGD. ¿Cómo estás en esta casa,
qué sucede, qué te pasa,
de qué modo entraste aquí?
CANUTO. Al marcharte de la aldea,
se quedó tan triste y fea
que he venido tras de tí.
MAGD. Ay de mí!
CANUTO. Es así!
No es cierto, Magdalena,
que al ver mi aire marcial,
cualquiera se creeria
que soy un general.
MAGD. Sí, no estás mal!
CANUTO. Qué he de estar mal!
no hay ninguno que lleve
mejor este sayal.
MAGD. (Dios me le envia.)
CANUTO. Qué dices, pues.
MAGD. Si me amas todavía
quiero saber!
CANUTO. Si te amo?
MAGD. Sí.
CANUTO. Lo vas á ver.
Por tí me atrevo
y por tu amor,
á pegar un testarazo
á mi señor.
Á hundir el mundo
de un puntapié,

y á reñir con el diablo
si quiere él.
Cuanto me pidas
te juro dar,
si lo tengo ó lo puedo
ir á buscar.
Por esa boca
de serafin,
de cuanto hay en el mundo
voy á dar fin.

MAGD. (Aquí ha llegado
para mi bien,
él será mi defensa
y mi sosten.
(Tal vez un medio
pueda encontrar,
con que la honra de todos
pueda salvar!)

HABLADO.

MAGD. Pero cómo estás en esta càsa con ese traje?

CANUTO. Un poco grande es para mí, pero no importa; era el único medio de estar á tu lado, y aunque hubiera tenido siete varas más, me le hubiera puesto sin vacilar un momento!

MAGD. Luego ha sido por mí!

CANUTO. Pues por quién querias que fuese? Yo dije, se va, pues me voy yo tambien. En vez de deberme á mí su bienestar, le busca sirviendo, pues yo tambien quiero servir: criado del moro Muza me hago por ella!

MAGD. Tú criado!...

CANUTO. Criado masculino, así como tú lo eres del otro sexo.

MAGD. Pero si tú podias ser dichoso en el pueblo!

CANUTO. Dichoso, sin verte! Mejor quiero ser infeliz á tu lado! Es probable que sigas no queriéndome, pero como yo he de quererte más cada dia, quién sabe lo que sucede-

rá. Por lo pronto te veré á todas horas, te hablaré sin cesar, y si el trabajo te parece duro, aquí estoy yo para ayudarte y hacer tu parte y la mia. La mia, puede que no la haga nunca, pero la tuya de seguro.

MAGD. (Pobrecillo!) Yo te doy gracias... pero por qué ese sacrificio?

CANUTO. Ya te lo he dicho: para probarte que te quiero de veras, al paso que aquel mocito que tanto decia quererte, el del frasquillo, se estará en el pueblo cortejando á las chicas y sin acordarse de tí para nada. Buena traza de pillo tenia el tal militarcito!

MAGD. (Oh! Qué habrá sido de él!)

CANUTO. Á propósito ¿me quieres decir el motivo de tu brusca resolucion? Si le querias, cómo te viniste? y si te queria él, cómo te dejó?

MAGD. No me hables más de eso! Yo estoy léjos de él, y ya no le veré más!

CANUTO. Justo.

MAGD. Ahora, óyeme. Lo que tengo que decirte, es muy grave.

ESCENA XII.

DICHOS, JORGE, por el foro despidiendo á José, que le acompaña.

JORGE. Magdalena! Magdalena! (Corriendo hácia el la.)

MAGD. Cielos! Él!!

CANUTO. Qué es esto? El ave de mal agüero disfrazado de gran señor, como en el pueblo estaba disfrazado de militar?

JORGE. Ya ves cómo te amo todavía y vengo á buscarte!

MAGD. Vos aquí, pero quién sois?

CANUTO. Y no le da vergüenza decir esas cosas delante de gente!...

JORGE. Si no he venido ántes, era porque esperaba la marcha de tu padre. Ahora que el destino; que tú misma sin saberlo has venido á buscarme, será inútil que me rechazes.

CANUTO. Poco á poco: así no se entra en ninguna casa decente:

primero se saluda: buenos dias tenga usted, para servir á usted... y luégo se dice á lo que se viene. Quién sois? Qué quereis?

JORGE. Quién soy!...

ESCENA XIII.

DICHOS, el MARQUÉS.

MARQUES. Dónde está! (Dentro.)

MAGD. (Qué es esto!)

CANUTO. El amo! ahora veremos!

JORGE. (Silencio! Ni una palabra de ella ni de mí!) (Á Canuto.)

MARQUES. (Saliendo.) Jorge, hijo mio!

JORGE. (Inclinándose.) Padre y señor!...

MAGD. (Su hijo!)

CANUTO. (Ese tunante es mi amo! nos hemos lucido!) (Cayendo desplomado en una butaca.)

MARQUES. Te esperábamos por el parque... qué camino has traido?

JORGE. Creí encontraros ántes entrando por la huerta...

MARQUES. Cuánto te has hecho esperar! Pero, en fin, has vuelto á mis brazos y hoy es dia de perdon. Ya no te apartarás de nuestro lado.

JORGE. (Mirando á Magdalena.) No, padre mio, ya no saldré nunca de aquí.

MAGD. (Qué audacia! Dios mio, inspírame!)

MARQUES. Ven; mi esposa te espera. Todos desean festejarte... don Luis de Ulloa nos acompaña!

JORGE. Tambien don Luis... (Le habrá dicho á mi padre?... habrá reconocido á Magdalena?)

MAGD. (Si sabrá algo!... Oh! qué hacer!...)

MARQUES. Vamos!... (Váse con su hijo. Se oyen dentro voces de alegría.)

ESCENA XIV.

MAGDALENA, CANUTO, despues JOSÉ.

MAGD. Era él, el hijo de mi protectora!

CANUTO. Era él, el hijo de mi protectora! No señor; qué protector ni qué demonio; aquí el protector soy yo. Yo me quedo de centinela, yo te guardo, yo te defiendo, yo le pego un trastazo al lucero del alba!

JOSE. (Con una pila de platos.) Y te estás aquí parado mientras se pone la mesa?... ayúdanos... el comedor es ese!...

CANUTO. Id á paseo, estoy ocupado.

JOSE. Ocupado! Tu ocupacion es esta. Vamos, toma, (Dándole los platos.) y no me hagas repetírtelo... Vaya un criado raro!

CANUTO. Bueno. Vengan. (Dejarla aquí sola con el otro!... de ningun modo! Esto no me impedirá tener un ojo en esta sala...)

JOSE. (Dentro.) Canuto!... Canuto!...

CANUTO. Voy!... voy!... (y otro ojo en el comedor.) (Tropieza y se rompen todos los platos.) Pataplum! ya lo decia yo!

JOSE. (Dentro.) Vienes ó no?

CANUTO. Voy, estoy recogiendo mis platos. (Váse corriendo por la izquierda.)

ESCENA XV.

MAGDALENA, á poco CANUTO.

MAGD. El hijo del Marqués! Y yo deseaba tanto su vuelta!... Luégo he dejado mi casa, me he separado de mi padre para no verlo más, y le encuentro aquí como dueño, como árbitro de mi suerte! Libre, sin traba ninguna que le detenga y donde se atreverá á todo...

CANUTO. Aquí estoy otra vez... Voy á limpiar estas botellas...

MAGD. Oh, yo no puedo permanecer aquí un momento más.

CANUTO. Eso digo yo! Voy á hacer el lio!

MAGD. Pero y los otros! Cómo los dejo expuestos á cometer una imprudencia; cómo abandono al Marqués en su desgracia?...

CANUTO. Cuáles son los otros? Me haces el favor de explicármelo?

MAGD. Oh, si supieras, amigo mio, qué desgraciada soy!
JOSE. (Dentro.) Canuto!
CANUTO. Ese hombre no me deja! Estoy limpiando las botellas!
MAGD. Hay que tomar una determinacion!
CANUTO. Lo que hay que tomar son las de Villadiego.
MAGD. Canuto! Canuto! yo me siento mala!
CANUTO. Tú!... (Abre los brazos y deja caer las botellas, que se hacen añicos.)
JOSE. (Dentro.) Esas botellas!...
CANUTO. Las sigo limpiando, las sigo limpiando!...
MAGD. Vete, vete; no quiero que te despidan; te necesito aquí.
CANUTO. Qué llevaré yo en cambio?... cualquier cosa... (Coge una silla y se la lleva.) Así como así yo no voy á calentar mucho el asiento...

ESCENA XVI.

MAGDALENA, en seguida D. LUIS, despues JORGE.

MAGD. Lo mejor es buscar al Marqués... Nadie como él puede defenderme de su hijo... Pero... y debo yo delatarlo?
LUIS. (Entra con rapidez por la derecha.) Un momento! Lo sé todo.
MAGD. No os entiendo!
LUIS. Sé que amas á Jorge. Te oí hablar con él en el pueblo!...
MAGD. Ah! Sí... ya recuerdo; erais vos el que queria descubrir á mi padre los planes del señor conde.
LUIS. Tú, en cambio, has osado entrar en esta casa, de comun acuerdo con tu seductor, para continuar vuestras relaciones sin respeto al Marqués, que te ha recibido... sin reparar que yo puedo descubrirlo todo!
MAGD. Osais suponer!... (Dios mio, esto sólo me faltaba!)
LUIS. Una sola palabra tuya, y el Marqués maldecirá á su hijo y te arrojará de su casa ignominiosamente.
MAGD. Qué os he hecho yo para que me juzgueis tan mal?

LUIS. En cambio mi proteccion y mi silencio para siempre si hoy me sirves: impórtame más que la vida esta carta, y es indispensable que se la entregues á la Marquesa sin que nadie la vea, en cuanto esté sola!

JORGE. (Ella y don Luis!...)

MAGD. Y vos mismo, que me acusais, estais exento de culpa?

LUIS. (Ah! Nos habia oido!) Haz lo que te he dicho, no vaciles en acceder á mis deseos, ó publico en voz alta tu conducta!

JORGE. (Su conducta! Qué quiere decir!...)

LUIS. Si nadie más que tú conoce el estado de mi alma, nadie como yo sabe lo que escondes en el fondo de la tuya.

JORGE. (Qué es esto?)

LUIS. Por última vez te exijo obediencia ó descubro á todos tu deshonra.

JORGE. (Su deshonra! Estoy soñando! Es cierto lo que oigo?)

LUIS. Pueden sorprendernos y es tarde. Ten!

JORGE. (Bajando con rapidez.) Oh! Ya soy dueño de vuestro secreto!...

LUIS. Jorge! (Estamos perdidos!)

JORGE. Dame esa carta, Magdalena; fuerza es ya desenmascarar á ese hombre y á tí, si como parece eres su cómplice!

MAGD. Señor conde, yo no tengo nada de comun con vos: esta carta no es vuestra, y nadie tiene derecho á verla.

LUIS. Trae! (Queriendo recobrarla.)

JORGE. Imposible! Don Luis de Ulloa, ha llegado mi vez! El secreto que tanto ocultábais y que yo no creia pudiera importarme tanto, va ahora á descubrirse. Temblad!

LUIS. Miserable! (Está perdida!)

MAGD. (Yo la salvaré!)

JORGE. Aquí, padre mio! Todos... (Dando voces.)

LUIS. Infame! Infame!

MAGD. (Oh! mi bienhechora, acepta mi sacrificio!)

JORGE. Yo la haré entregarla! Yo la descubriré!

ESCENA XVII.

DICHOS, TODOS.

MÚSICA.

CORO. Qué ocurre? Qué pasa?
LUIS. Mirad lo que haceis!...
CORO. Llegad, es el hijo
del noble Marqués.
MARQUES. Qué es esto?
JORGE. Padre mio!
aquí hay una mujer
que falta en vuestra casa
á la honra y al deber.
MAGD. (Cielos!)
LUIS. (Horror!)
MARQ. (Dios mio!)
(Qué dice?)
CORO. Mire bien
que pueden sus palabras
la muerte aquí traer!
JORCE. En criminal coloquio
aquí los encontré;
el hombre es vuestro amigo.
CORO. Y ella?...
JORGE. Esa mujer!
MARQUES, MARQUESA. Magdalena!
TODOS. Magdalena!
JORGE. (Á saber voy la verdad!)
CANUTO. Habla pronto y prueba á todos
tan infame falsedad.
TODOS. Habla!
MARQ. (Nos pierde!
LUIS. No puede ser!)
JORGE. La prueba encierra
este papel.

(Arranca con rapidez la carta que tiene Magdalena y la da á su padre.)

MAGD. Ah! Qué habeis hecho?
Traed! traed! (Aterrada.)

JORGE. Atrás!

MARQ. (Dios mio!)

JORGE, CANUTO, TODOS. Leed, leed!

MARQ. (Nuestro amor culpable
se va á descubrir;
estamos perdidos
y es forzoso huir.
Esta noche espero
verte en el jardin;
huyamos ó expongo
mi vida por tí.)
Qué dices, Magdalena?

MAGD. La carta es para mí!
(Dios mio!) y esta noche
huia con don Luis.

TODOS. Ah!...

MARQUES. Quién en su semblante
adivinaria
falsedad tan grande,
tanta hipocresía?
De su pobre padre
las canas manchó,
y crímenes de honra
no perdono yo!

MAGD. (Yo sé que al salvarla
pierdo la honra mia,
pues si lo supiera
él la mataría.
Ampáreme el cielo,
pues ve en mi dolor
perdida mi vida,
perdido mi honor!)

JORGE. (Parece imposible

y apenas lo creo,
mas de todos modos
logré mi deseo.
Pues ella traidora
ha sido á mi amor,
sin duda consigo
vengarme mejor.)

MARQ. (Por mí se condena,
dejarla no puedo,
mi labio detienen
la afrenta y el miedo
Sálvala, Dios mio,
de injusto rigor,
pero al mismo tiempo
sálvese mi honor!)

LUIS. (Su accion admirable
salva á otra la vida,
si yo la desmiento
está ya perdida.
De su anciano padre
calmaré el dolor
jurándole á solas
que es limpio su honor.)

CANUTO. Cuando yo ni á un pelo
la hubiera tocado,
ese mequetrefe
me la ha deshonrado!
Yo la protegia
contra un moscardon,
y ella se iba en cambio
con un culebron!

CORO. Huya para siempre
léjos de esta casa
la mozuela hipócrita
que así se propasa.
Ya que quiere amores
con un gran señor,

que le pida luégo
cuentas de su honor.

MARQUÉS. Huye de mi casa,
sal pronto de aquí.

MAGD. Piedad!

MARQUES. Que la tenga
tu amante de tí!

MAGD. Oh!... Oh, qué vergüenza,
Qué desventura!
cuánta amargura!
cuánto sufrir!
Pues él comprende
mi sacrificio,
el cielo tenga
piedad de mí!

MARQ. y LUIS. (Sálve me/se ahora
del hondo abismo;
mañana mismo
por su virtud
iré á jurarla,
pues me/la ha salvado,
que será eterna
mi gratitud.)

JORGE. (Yo su secreto
podré con calma
aunque no quiera
sacar del alma.
Veré si es cierto
su extraño amor,
ó si hay peligro
para mi honor!)

MARQUES y CORO. Aquí su gadre
desventurado
creyó dejarla
en un sagrado;

y ella ocultando
su infame amor,
perdió á sus padres,
perdió su honor!

HABLADO.

JORGE. Desdichada! Vé á ocultar léjos de aquí tu vergüenza!
MAGD. (Arrodillándose.) Piedad.
MARQ. (Á Luis.) (Oh! Yo no puedo consentir...)
LUIS. (Despues la salvaremos!)
JORGE. (Dejadme con ella á solas. Aquí hay sin duda un misterio que es forzoso descubrir...
MARQUES. Qué intentas?)
JORGE. (Hablarla un momento.)
LUIS. (No hay remedio, es forzoso huir... Cómo advertirla Este es sin duda su devocionario. Dos palabras.) (Escribe con rapidez y sin que nadie le vea unas líneas en el devocoionario de Magdalena, que está encima de la mesa, y vuelve á colocarlo en su sitio.)
MARQUES. (Ignoro tu proyecto, pero yo tambien entreveo aquí un misterio.)
MARQ. (Qué suplicio!)
MARQUES. Venid todos... nada tenemos que hacer aquí!
LUIS. Yo...
MARQUES. Vos, don Luis, habeis abusado de mi amistad. Nada más tengo que deciros
LUIS. Yo me justificaré. (Lo primero es salvarla.) (Váse foro.)
JORGE. Un instante no mas! (Si no es ella, quién es esa mujer?)
MARQUES. (Sea.) Vamos. (Vánse todos por el foro, Jorge cierra las puertas.)

ESCENA XVIII.

MAGDALENA, JORGE.

JORGE. Magdalena!
MAGD. Dejadme huir! Don Luis me espera, ya lo habeis oido!

JORGE. Una palabra.... Sea verdad ó no lo que has dicho; sea esa carta la prueba de tu infamia ó la de otra persona; yo todo lo olvido, todo lo perdono. Habla! Eres tú la que fingiéndome amor en tu aldea pertenecia ya á don Luis! Entónces comprendo tu oposicion á mi cariño! Te sacrificas tú, por el contrario, para no descubrir á una amiga, á una protectora?

MAGD. Qué quereis decir! Ya os he dicho que amo á don Luís, que quiero huir con él. Delante de todos no podia hablarme; al veros en vuestra casa cuando él ignoraba que estabais en ella de vuelta, creyó que nos descubririais y por eso me escribió!...

JORGE. Piénsalo bien. Despedida de esta casa no puedes volver á la de tu padre sin justificarte: deshonrada quedarás á los ojos de todo el pueblo; deshonrada vivirás siempre, y digas ó no tu secreto, nadie tenderá hácia tí una mano amiga.

MAGD. (Dios mio, qué he hecho!...)

JORGE. Súplicas, lágrimas, todo lo he previsto y todo lo rechazo: si era cierto tu amor, no puedes oponerte al mio.

MAGD. Oh! En este momento os aborrezco...

JORGE. Llama al infierno en tu ayuda!...

MAGD. Jorge! deteneos... en esta misma habitacion he visto morir á vuestra madre... Á vuestra santa madre, que tanto me queria!

JORGE. Mi madre! (Magdalena da un grito de alegría al ver su devocionario sobre la mesa; lo coge y se dirige con él á Jorge.)

MAGD. Ah!—Sí, en este sitio, dos horas ántes de morir, ella misma, con sus benditas manos, me regaló este devocionario. Vedle...

JORGE. Sí, es el suyo! le reconozco!

MAGD. Leed entónces, señor conde; leed lo que ella misma escribió!

JORGE. Sí, su letra!...

«Si un dia la desgracia
»aflige tu alma pura,
»si eterna desventura

»cayera sobre tí,
»á mi hijo ó á mi esposo
»demándales amparo,
»que así se lo suplica
»mi alma desde allí.»
(Conmovido.) Oh, madre mia,
piedad, perdon!
Magdalena, eres libre,
(Abre las puertas del foro de par en par.)
guíete Dios! (Con solemnidad.)

MAGD. Gracias, Dios mio!
era verdad!
Tu santo libro es siempre
mi talisman.
(Besa el libro y huye por el foro.)

JORGE. Su santo recuerdo
no en vano invocó,
yo me haré digno, oh madre,
de tu perdon.
(Cae de rodillas á la izquierda.)

CANUTO. (Saliendo con rapidez por la derecha, con un lio al hombro.)
Ya se ha marchado,
qué hago aquí yo!
Yo tengo á los viajes
mucha aficion.
(Ve el devocionario de Magdalena sobre la mesa; lo coge, se lo guarda y váse corriendo por el foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece Magdalena en la colina bajando poco á poco. Cuando concluye el preludio de la orquesta está en el centro del proscenio.

MUSICA.

MAGDALENA.

Más pronto vuelvo á verte
que yo creí,
aldea encantadora
donde nací.
Mi amor desventurado
tambien nació
y el sol de mi esperanza
por siempre huyó.
Ay, qué hice yo!
ay, qué hice yo!
y por qué el cielo airado
me castigó!

(Canuto baja por la colina y se acerca á Magdalena con rapidez.)

ESCENA II.

MAGDALENA, CANUTO.

HABLADO.

CANUTO. No señor, á pesar de tu órden yo no me separo de tí! Qué va á decir tu padre cuando te vea sola en este sitio? Quién podrá defenderte?

MAGD. Mi inocencia!

CANUTO. Sí, tu inocencia será verdad, pero el hecho es que allí cantaste de plano. Créeme... déjame á mí y lo arreglaré todo. Más tarde ó más temprano tu padre y el pueblo entero han de saber lo ocurrido. ¿Cuánto mejor es disponerlo de antemano?

MAGD. Y cuáles son tus ideas?

CANUTO. Sencillísimas! No te han echado de casa del Marqués porque amabas á un hombre y querias escaparte con él por esos mundos de Dios? Pues bien, ese hombre soy yo! Yo te he engañado, yo te he perdido, y como sucede siempre en esos casos, que generalmente no sucede nunca, yo me echo á los piés de tu padre, le confieso mi delito y te ofrezco mi mano para reparar tus faltas y mis sobras.

MAGD. Es decir, que aun creyendo en mi desventura te casaria conmigo?

CANUTO. Ya comprendo que eso me proporcionaria algunas chanzas de mal género, pero con romper la cabeza á dos ó tres amigos todo se arreglaba.

MAGD. Gracias, Canuto; si yo fuera lo que crees, jamás tendria la poca delicadeza de admitir tu limosna; no siéndolo ménos puedo aceptar un campeon innecesario.

CANUTO. Eso del *campion* es lo que no veo claro.

MAGD. Créeme, amigo mio; yo no he nacido para tí!

CANUTO. Y has nacido para el otro?

MAGD. No hay *otro* ninguno!

CANUTO. Pues entónces yo no te entiendo!

MAGD. Dios sí... y basta.

CANUTO. Bastará para su Divina Majestad, pero lo que es para mí!...

MAGD. Suceda lo que suceda, tú serás siempre mi amigo.

CANUTO. Como no me dejas más papel que ese, tengo que aprendérmele de memoria.

MAGD. Vas á dejarme que entre sola en casa de mi padre.

CANUTO. Mira que tu padre tiene malas pulgas cuando se enfada! Mira que si le dices de repente: «Yo no soy lo que parezco... á mí me han engañado, etc.» del primer linternazo puede que...

MAGD. No temas, para él seré siempre lo que soy!

CANUTO. Y lo mismo me pasa á mí. Yo tambien soy lo que soy, pero eso no impide que yo entre contigo en casa de tu padre; puede que esté durmiendo el buen señor... qué gran rato vamos á darle! oigo ruido!... veo en lo léjos á las mozas del pueblo...

MAGD. Si me habrán visto llegar!...

CANUTO. Por sí ó por no entremos...

MAGD. Tienes razon, que no me vean. (Entran en la casa de Magdalena.)

ESCENA III.

LAS MOZAS del pueblo, que entran por distintas direcciones.)

MUSICA.

CORO DE MUJERES.

UNAS, SEGUNDAS TIPLES. Venid! venid!
OTRAS PRIMERAS. Llegad! llegad!
SEGUNDAS. Oid! oid!
PRIMERAS. Callad! callad!
TODAS. Callad!
PRIMERAS. Hay novedad?
SEGUNDAS. Hay novedad!

que el asunto es gravísimo!

PRIMERAS. Qué atrocidad!
han visto una muchacha
bajar del cerro!

SEGUNDAS. Y á un mozo que tras ella
va como un perro!

PRIMERAS. Dicen que es Magdalena
quien viene así!

SEGUNDAS. Quién ha visto tal cosa?

PRIMERAS. Yo la ví.

SEGUNDAS. Yo la ví.

TODAS. Sí!

—

Muchachita juiciosita,
que á un palacio se marchó,
novio tonto, que tan pronto
tras la chica á andar echó.
Si es bonita y juiciosita,
¿cómo vuelve por acá?
por qué ahora gime y llora?
cómo víene? á dónde va?

—

¿Si es tan buena Magdalena
que fué á casa del Marqués,
qué la pasa que á su casa
vuelve triste ántes de un mes?
No se explica que esa chica
dé tan pronto vuelta aquí.
Ay! Canuto, tú eres bruto,
y es el chasco para tí.

—

Se abre la puerta!—quién va á salir?
huyamos todas—pronto de aquí.

HABLADO.

UNA. Se abre la puerta de la casa. Observemos desde léjos. (Todos se retiran por distintos lados.)

ESCENA IV.

MAGDALENA, CANUTO, á poco D. LUIS.

CANUTO. Pero por qué no esperamos que venga tu padre?

MAGD. Me devora la impaciencia. Dónde estará fuera de casa á estas horas?

CANUTO. Echando una cana al aire por esos andurriales!

MAGD. Busquémosle por el pueblo...

CANUTO. Adelante con los faroles!

LUIS. Magdalena, un instante!

MAGD. Don Luis!

CANUTO. Eso sí que no pasa! pues qué? Estoy yo destinado toda mi vida á hacer el oso?...

MAGD. Don Luis, vuestra presencia aquí puede hacer dudar á mi padre de mis palabras...

LUIS. Es indispensable que me oigais ántes de verle. El tiempo urge, pueden veros y no quiero que esto suceda ántes de haberos hablado.

MAGD. No vengais á aumentar mis penas!

CANUTO. Pero aquí nadie tiene ya vergüenza! ¡Pues qué, no soy yo nadie!

LUIS. Por vuestro padre, por vos misma os lo suplico!

MAGD. Canuto...

CANUTO. Si ya sé lo que es... que me largue. Pues no me da la gana! Voy á gritar, voy á llamar!

LUIS. Si das un paso, si oigo una voz...

MAGD. Dejadme á mí. Canuto, se trata de mi salvacion... Yo te pido que me dejes un momento con él.

CANUTO. Está visto que por tí seré yo capaz de tocar el violon toda mi vida. Pero no os pierdo de vista. Él puede luégo pegarme un tiro, pero al primer movimiento que no me guste le doy un garrotazo de órdago!

MAGD. Vamos...

CANUTO. Haré la centinela... Hay hombres que nacen para hacer siempre un papel... que ni de estraza! (Se retira, pero se le ve aparecer de cuando en cuando.)

LUIS. Que quereis que os diga, Magdalena? Vuestra accion generosa no tiene digna recompensa en el mundo! Sin embargo, al salvar á costa de vuestro honor la vida de un hombre y la honra de una mujer, habeis adquirido eternos derechos á su gratitud. Pedidme cuanto querais, cuanto vuestra imaginacion desee, y continuad diciendo lo mismo que ayer habeis dicho!

MAGD. Don Luis! Yo he podido en un arranque generoso de mi alma sacrificar mi ventura en aras no vuestras, la verdad, sino de mi bienhechora, de la honrada esposa del Marqués, que me bendice desde el cielo. Pero hoy que ya no hay peligro para él, hoy que la pobre Magdalena estará desterrada para siempre de su memoria, necesito justificarme á los ojos de mi padre. El mundo entero creerá lo contrario, pero él, que jamás ha visto en mi labio una mentira ni en mi corazon un engaño, me creerá... yo os lo juro... me creerá.

LUIS. Mi ciega pasion, mi imprudencia ha hecho que nadie pueda ya creer la verdad... pero yo os juro que la Marquesa es tan digna como vos de ser respetada! Obligóla su familia arruinada, aunque noble, á dar su mano al Marqués del Prado, cuando su corazon era mio. En balde la he perseguido sin tregua, en balde he conmovido las fibras de su alma. Jamás ha accedido á mis deseos. Desesperanzado de alcanzarla, temeroso de que Jorge ó el Marqués mismo pudieran adivinar mi locura, y arrastrado por mi amor inmenso, la escribí aquella carta que os ha perdido; y más tarde, ayer mismo, unas cuántas líneas que no sé si habrán llegado á su poder.

MAGD. Qué imprudencia!

LUIS. Pero al no asistir anoche á mi cita me ha probado que todo ha concluido entre nosotros. No por mí, que estoy decidido á huir de España para siempre, sino por ella,

por la mujer á quien adoro, os ruego que retardeis algun tiempo la confesion que íbais á hacer á vuestro padre.

MAGD. Imposible.

LUIS. Creeis que no tratará de publicar vuestra inocencia, que querrá vivir bajo el peso de una sospecha infamante cuando tiene en su mano la vindicacion de su honra?

MAGD. Oh!

LUIS. No llegará en seguida á oidos del Marqués la verdad de los hechos? Qué será de Elisa entónces sin un protector que la defienda, sin un amigo que la salve?

MAGD. Pero y yo?

LUIS. Un padre siempre perdona! un marido ¡nunca!

MAGD. Y tengo yo derecho para deshonrar al mio á los ojos del mundo?

LUIS. Es sólo por algun tiempo... más tarde...

MAGD. Y quién os dice que podrá soportar ni un dia ni una hora el convencimiento de mi infamia? Don Luis, vos no sois padre y se conoce que se os ha olvidado tambien hace tiempo ser hijo!... Yo voy en busca de mi padre... dejadme por Dios!

LUIS. Nada me prometeis?

MAG. Yo he expuesto mi honra por salvaros; salvad vos la de esa mujer huyendo de aquí para siempre! (Váse por la izquierda.)

MUSICA.

LUIS.
Qué pasa por mi mente
que el alma me envenena?
expuse la honra agena
y aquí el alma mia
su amante porfía
perdida ve ya.
Las prendas adoradas
de un santo amor perdido,

en manos del olvido
mi pecho agitado
de tí separado
aquí á dejar va.
Ah!

(Saca un retrato pequeño y tres cartas atadas con una cinta. Las va rompiendo poco á poco.)

Adios retrato cándido
del ángel que yo adoro;
borrado por mi lloro
auséntate de mí.
Adios hojas purísimas
del libro de mi alma,
dormid, dormid en calma,
yo mismo muerte os dí.

—

Adios recuerdos mágicos
de amor y de ventura,
esa agua más segura
os guardará que yo.
Llevad en vuestros átomos
á su mansion querida
la eterna despedida
de mi postrer adios.

(Los besa y esparce al aire los pedazos ó los arroja debajo del puentecillo. Váse por el foro á lo léjos.)

ESCENA V.

JUAN, por la derecha, á poco MAGDALENA y CANUTO, por la izquierda.

HABLADO.

JUAN. Qué quieren decirme esas gentes con sus medias palabras, y sus sonrisas burlonas al preguntarme por Magdalena?

MAGD. Él es! déjame hablarle á solas...

CANUTO. No es mejor que yo te ayude?
MAGD. No, retírate!...
CANUTO. Hace tres horas que no hago más que presentarme y retirarme despues... parezco un dominguillo. (Se va.)
MAGD. Valor!...

ESCENA VI.

MAGDALENA y JUAN.

MAGD. Padre!
JUAN. Qué miran mis ojos? Magdalena!... Magdalena, tú aquí? Qué es esto?
MAGD. Nada que deba aterraros, más tarde podré deciros...
JUAN. Habla, Magdalena, y no prolongues por más tiempo mi horrible incertidumbre. Si ayer te dejé confiada al Marqués, qué ha podido ocurrir en tan poco tiempo para hacerte abandonar su casa?
MAGD. Sosegaos, padre mio, y responded ántes á mis preguntas.
JUAN. Cómo!
MAGD. Os he dado jamás el menor disgusto? Ha manchado mis labios desde mi edad más tierna una mentira?
JUAN. Siempre he visto en tí las buenas cualidades que me dices, y si tus padres no podian dejarte en herencia bienes de fortuna, has heredado la honradez inmaculada de tu madre, y la franqueza leal del soldado.
MAGD. Si vinieran á deciros que vuestra hija ha cometido un crímen, si la voz pública me acusara de haber deshonrado vuestras canas, qué hariais?
JUAN. No lo sé, Magdalena, ni me hagas esas preguntas. Tócate á tí responder á las mias. Qué desgracia me ocultas? Qué misterio guardas? Cuál es la causa de tu venida?
MAGD. Si á otro que á mí se lo preguntárais, si el mismo Marqués tuviera que responderos, os diria que vuestra hija es una infame.
JUAN. Tú!
MAGD. Os diria que engañada por un hombre de clase más elevada que la mia, me disponia á huir del palacio del

Marqués, por temor de sér descubierta en mis amores criminales.

JUAN. Magdalena!...

MAGD. Os diria, que allí delante de todo el mundo he confesado mi delito, que todos han visto la prueba de mi deshonra, y que el mismo que me habia tomado bajo su proteccion, me ha arrojado de su casa ignominiosamente.

JUAN. Dios mio! no ciegues mi razon, eso me dirán todos, pero y tú... qué vas á decirme para defenderte?

MAGD. Yo voy á juraros por la cruz bendita del Redentor que adoro, por la memoria de mi madre que venero, que vuestra hija es inocente.

JUAN. Entónces ¿cómo has confesado allí mismo tu infamia y mi deshonra?

MAGD. Y si esa confesion podia librar de un justo y tremendo castigo á otros culpables?

JUAN. ¿Y qué me importan á mí las culpas agenas? Puede una vida entera de honradez perderse por una caridad mal entendida? Dí que no es cierto nada de lo que has dicho! Dí que te he oido mal, ó yo mismo voy á desmentir la calumnia si existe, ó á morir de vergüenza ante las pruebas que me presenten.

MAGD. Deteneos, padre mio!

JUAN. Atrás, Magdalena! No me hagas olvidar que eres mi hija.

MAGD. Padre mio, escuchadme!

JUAN. Atrás te he dicho.

ESCENA VII.

DICHOS, CANUTO.

CANUTO. No callo, no callo, y no callo! Yo os lo diré todo.

JUAN. Tú? Habla.

MAGD. Qué vas á decir para salvarme, si nada sabes?

CANUTO. Que nada sé? Ahora verás. Yo soy un pícaro, un bribon, un infame; viendo que Magdalena no me queria y que

no podía ser su marido de otro modo, la he deshonrado sin que ella lo note. La carta que todos han leido de don Luis de Ulloa en que la decia que se escaparan juntos, era mia! Cierto que yo no sé escribir, pero se la mandé escribir á él, y yo eché la rúbrica.

JUAN. Don Luis de Ulloa? Quién es ese hombre?

CANUTO. El amigo del Marqués, y el amante de Magdalena. Pero eso no importa: parece que el amante era él... pero no, era yo sólo...

MAGD. Calla!

JUAN. Habla, habla!

CANUTO. Y nada más que hablo! Lo mismo que el otro! El militar! El del frasquete! Parece que era tambien su amante á pesar de ser el hijo del Marqués...

JUAN. Cómo el hijo del Marqués!

CANUTO. Sí, el que se habia disfrazado de militar y la habia regalado el frasquillo! Parece que queria seducirla. Pues no señor... el militar era tambien yo.

JUAN. Yo voy á volverme loco! Hablarás, Magdalena!

CANUNO. Buena está la Magdalena para tafetanes. (*Ap. á Magdalena.*) (Si hablas te pierdes!) Por eso cuando la decia el Marqués: «sal de esta casa, infame, te echo, te despido,» no era á ella, sino á mí. La infame era tambien yo.

JUAN. Ven adentro... deja aquí ese hombre! (*Vánse.*)

CANUTO. La seducida era yo... y de resultas tengo el honor de pediros la mano de Magdalena... Eh!... se han ido! La va á matar ese bárbaro. Yo voy á llamar á todas las gentes del pueblo, para que vengan á impedir una desgracia.

ESCENA VIII.

CANUTO, JORGE, *que se le interpone.*

JORGE. Eres tú? Detente!

CANUTO. El otro! Anda, salero! Y el otro anda por los alrededores y el otro está encerrado con ella! Y si el otro ve á este otro y juntos los sorprende el otro, no va á quedar

ni uno ni otro.

JORGE. Y Magdalena?

CANUTO. Está recibiendo de su padre una leccion de moral.

JORGE. No es posible!

CANUTO. Y vos, qué venis á hacer aquí?

JORGE. Á aclarar el misterio que desde ayer amarga mi vida! Magdalena no puede ser culpable. Ella no conocia á don Luis.

CANUTO. Eso digo yo! Si yo le ví aquí hace tres dias por la primera vez. Si cuando le dije que ella se marchaba á casa del Marqués del Prado por huir de vos y que yo queria seguirla, me dijo: «Yo no la he visto más que un »momento hace poco, pero su desgracia me interesa. »Síguela si quieres; yo te daré una carta para la Mar»quesa y te admitirán en seguida en la casa.»

JORGE. Y esa carta!

CANUTO. Á la Marquesa se la dí.

JORGE. Y te recibió al leerla?

CANUTO. Ya lo creo, y á poco llegó don Luis en persona y ella dijo: «Él!» y él dijo: «Ella!» y se quedaron solos y á mí me mandaron ponerme la librea.

JORGE. Qué dice este hombre?

CANUTO. Lo que pasó!

JORGE. Ah! Qué horrible rayo de luz alumbra mi razon! Oh, imposible! Seria el colmo de la infamia... Sin embargo, cuanto más lo pienso... ¿para qué dar á Magdalena aquella carta si podian hablarse, y si sus relaciones con Magdalena eran ciertas, para qué escribirla? Déjame solo.

CANUTO. Qué empeño tiene todo el mundo por estar solo!

JORGE. Has dicho que Magdalena y su padre...

CANUTO. Sí, están ahí encerrados... Dios sabe lo que sucederá... yo iba á avisar...

JORGE. Bien, pues avisa.

CANUTO. Primero al alcalde, que está más cerca, luégo al cura que está al extremo del pueblo.

JORGE. (Puede estorbarnos.) No, primero al señor cura, es mejor.

CANUTO. Como está más léjos...
JORGE. No importa. Vé... yo me quedo aquí miéntras.
CANUTO. Pero para qué?
JORGE. Para salvarla, para ayudarte.
CANUTO. Eso es otra cosa! Somos amigos entónces?
JORGE. Sí, vete.
CANUTO. Gracias á Dios que he encontrado quien me quiera. (Váse.)
JORGE. Si don Luis es el amante de Magdalena, mi amor y mis celos me piden venganza; si es el de la Marquesa, el honor de mi padre me pide su sangre! Entremos.—Ah! mi padre y la Marquesa! Y no poder averiguar la verdad ántes que él! Hablará Magdalena? Esperemos. Que no me vean!

ESCENA IX.

El MARQUÉS, la MARQUESA.

MARQUES. Ya hemos llegado; debo esta satisfaccion al padre de esa desgraciada.
MARQ. (Dios mio, qué va á suceder!...)
MARQUES. (Llamando.) Juan, abre, soy yo!

ESCENA X.

DICHOS, JUAN, MAGDALENA.

JUAN. Qué veo! El Marqués y su esposa!
MAGD. Ellos aquí!
MARQ. (Ya habia llegado Magdalena. Todo se lo habrá dicho á su padre.)
MARQUES. Quien como tú ha tenido valor en los combates, debe tener resignacion en la desgracia.
JUAN. Mi hija me lo ha confesado todo... y vuestra presencia aquí prueba que mi antiguo general da tanto valor á la honra de un soldado como á la suya propia.
MAGD. (Nada sabe; prudencia!)

MARQ. (Qué dice, entónces?)

MARQUES. Tal vez ese hombre que ha causado vuestra desgracia se presente, á pesar de su noble cuna, á daros la única reparacion que vuestra hija necesita.

JUAN. Vos tambien debeis sentir en el alma la conducta de vuestro hijo, y no por eso vendreis á ofrecerme en su nombre esa reparacion innecesaria.

MARQUES. Mi hijo? Qué tiene que ver mi hijo con todo esto?

JUAN. Sabedlo de una vez. Vuestro hijo, fingiéndose un pobre soldado y viviendo como tal en esta aldea, logró hacerse amar de Magdalena; descubierta por ésta su elevada clase, aunque ignorando su nombre, quiso huir para siempre del que la ofrecia un porvenir culpable, y olvidar en vuestra casa sus perdidas ilusiones; allí volvió á verle más audaz y temerario que nunca; allí volvió á escuchar sus proposiciones deshonrosas, y de allí huyó sola y desvalida para buscar en mis brazos su natural defensa.

MARQUES. Y es vuestra hija la que ha inventado tan grosera historia?

MAGD. Señor Marqués!...

MARQ. (Dios mio!)

MARQUES. No me impedireis que hable. Cuando la impudencia acompaña al vicio, no puede haber perdon para la culpa. No hacian falta más pruebas que la propia confesion, pero hay otra todavía, y es la carta de don Luis de Ulloa. Leed.

MARQ. (Ay, de mí!)

JUAN. (Has mentido entónces?)

MAGD. (Cuanto os he dicho, es cierto, padre mio.)

JUAN. (Pero esta carta! Dónde encontrar la explicacion de estas palabras?)

MAGD. (En el rostro de aquella mujer.)

JUAN. Ah!...

MAGD. (Silencio, por Dios! La mataria!)

CANUTO. (Dentro.) Por aquí, por aquí, venid todos.

JUAN. Entrad en mi casa... no quiero que nos vean.

MARQUES. Teneis razon. (Le avergüenza su desgracia.)
MARQ. (Qué más expiacion que mi tormento!)

ESCENA XI.

CANUTO y CORO de ambos sexos.

MUSICA.

CANUTO. Venid, llegad.
y evitemos un lance
sentimental!
CORO GENERAL. Dinos; ¿por qué
Magdalena no viene
como se fué?
CANUTO. Yo os lo diré!
CORO. Dinos por qué!

—

CANUTO. Parece que un mancebo
la dijo así! (Señalando al corazon.)
parece que ella dijo
me voy tras tí;
parece que al pillarlos
dijeron ¡ah!!
la culpa de todo
la tengo yo!
CORO. Parece que un mancebo
(Remedando á Canuto.)
la dijo así!
parece que ella dijo
me voy tras tí,
parece que al pillarlos
dijeron ¡eh!!
y en esta peripecia
el tonto es él.
CANUTO. Ella sufria,
ella lloraba,

ella rezaba,
ella corria
de aqui para allá,
de allá para aquí,
así, así,
así, así!

CORO. Ella sufria, etc.

—

Dínoslo, Canutito.

CANUTO. Ya se ve que sí.
Aunque le ha sucedido
desgracia tal,
yo me caso con ella
en santa paz.

CORO. Si cargas con las cargas
que te traerá,
cántala con nosotros
esta toná

—

Cuando en Cádiz se estilaba
echar borregos al mar,
dijo una chica á su novio:
¿Canuto, sabes nadar?
Ay! Canutito,
luégo verás
qué buena vida
vas á pasar!
Si tú á la espalda
á echarlas vas,
qué jorobado
vas á quedar.

CANUTO. Nada me importa,
que al que hable mal
le rompo el alma
sin más ni más.
Si esos disgustos
jorobas dan,

el mundo entero
jiboso está.

CORO. Ay! Canutito,
luégo verás, etc.

CANUTO. Nada me importa,
que al que hable mal, etc.

HABLADO.

CANUTO. Conque no estemos parados. Á la una! Juan! Juan! Magdalena!

CORO. Abrid, abrid, abrid!

ESCENA XII.

DICHOS, JUAN, MAGDALENA, el MARQUÉS y la MARQUESA.

JUAN. Qué quereis, amigos mios?

CANUTO. El Marqués y la Marquesa!

TODOS. El Marqués!

MARQUES. Yo soy, que he vuelto á traer á Magdalena á los brazos de su padre.

MARQ. (Ap. á Magdalena.) (Cuenta con mi eterna gratitud! y para que tu sacrificio no sea estéril, yo te juro que jamás volveré á ver á quien ha causado nuestras penas.)

MAGD. (Gracias, señora, en nombre del Marqués, que jamás sabrá por mí ni por mi padre nada de lo pasado.) (Pasa al lado de su padre, y la Marquesa al banco.)

MARQUES. Adios, Juan. Elisa, vamos!

ESCENA XIII.

DICHOS, JORGE. Entra el MARQUÉS y JUAN.

JORGE. Un momento.

MARQUES. Mi hijo.

CANUTO. (Ya pareció aquello! Este hombre no deja vivir á nadie!)

MAGD. (Á qué vendrá?)

UAN. (No puedo hacer más! Que no me obliguen á descubrirlo todo.)

MARQUES. Puedo saber el motivo de tu presencia en este sitio?

CANUTO. Vendrâ á recoger un frasquete que se dejó olvidado.

MARQUES. Es cierto que has perseguido á Magdalena hasta en su propia casa? Es cierto que has vivido algun tiempo en esta aldea?

JUAN. (Ap. á Magdalena.) (Ya ves que yo no hablo!)

CANUTO. Pues ya lo creo! disfrazado de militar ha estado viviendo entre nosotros! No es eso, muchachos?

TODOS. Sí, es Jorge, es Jorge!

CANUTO. Pues claro que es Jorge! si en explicándolo yo, todo se arregla.

MARQUES. Y no comprendias que no pudiendo ofrecer tu mano á esta pobre muchacha, tu accion era infame?

CANUTO. Y tan infame, que por eso rompí yo las botellas! Porque al ver Magdalena que el señor conde seguia diciéndola: «te quiero, te adoro, vente conmigo,» se puso mala y yo acudí á sostenerla, y pataplum! Como el vidrio es tan frágil...

JORGE. Yo... no...

JUAN. Os atreveis á negarlo, señor conde? Oh, ya es demasiado.

MAGD. Basta, padre mio, venid!

JUAN. Negais que al verse perseguida por vos tuvo que apelar al recuerdo de vuestra madre para defenderse!

MARQUES. Pero entónces...

JUAN. Negais que os hizo leer las palabras que vuestra madre habia escrito para mi hija en su devocionario al regalársele poco ántes de morir.

JORGE. Oh!

MARQUES. Lo confiesa!

CANUTO. El devocionario! Ya... yo lo cogí tambien con su ropa· Eso que dicen, aquí está. En un lado con unas letras muy chiquitas y en otro con otras muy grandes.

MAGD. (Qué dice?)

CANUTO. Ved, ved!

JORGE. (Arrebatando el devocionario de las manos de Canuto.) (Qué?)
CANUTO. Adios, qué le da ahora?
JORGE. (Mirad!) (Ap. pasando al lado de la Marquesa y mostrándole lo escrito.)
MARQ. (Oh!)
JORGE. (Leyendo.) («Magdalena puede descubrirnos; es preciso huir: esta noche os espero, si no el hombre que muere por vos, huirá mañana de España para no volver jamás.») (Era cierto! Su sangre!)
MARQ. (Ap. á Jorge.) (Yo os juro por la memoria de vuestra madre que soy inocente y que nunca le veré más.)
JORGE. (Ap. á la Marquesa.) (Jamás!)
MARQ. (Id.) (Os lo juro!)
MAGD. Qué haceis?
CANUTO. Pues no está estropeando el libro! Ya puede comprar otro!
JORGE. Tomad, Magdalena! La recomendacion que mi madre nos hizo es una órden sagrada para mí. Padre mio, grandes han sido mis faltas, y noble ó plebeyo, rico ó pobre, nadie puede alcanzar el perdon sin restituir lo que ha robado. Yo he pretendido robar el honor de Magdalena; yo he sido la causa de vuestro enojo y de la ira de su padre; débola una reparacion. Permitidme que se la ofrezca con mi mano.
MARQUES. Tú, hijo mio... Repara...
JORGE. Si todos quereis que las páginas de ese libro se cumplan, suplicad á mi padre que me conceda lo que le pido!
MARQUES. Dejaste de ser noble cuando vilmente la engañabas; más noble eres hoy cumpliendo como hombre honrado. Esa es mi hija.
MAGD. Ah, señor!
JORGE. (Ap. á Magdalena.) (Ni una palabra nunca!
MAGD. Tu honor es ya el mio!)
CANUTO. Pero y yo? Qué quiere decir esto?
MAGD. Que siempre serás nuestro amigo.
CANUTO. Ya! Y que me quedo á la luna de Valencia! Y yo que he

sacado el libro para arreglarlo todo!... No es verdad que soy un bárbaro?

TODOS. Sí, sí!

CANUTO. Me han conocido.

MUSICA.

MAGD. y JORGE.
En mis amantes brazos
la pena olvida,
que yo juro adorarte
más que á mi vida.
Cese tu error,
que te ofrece mi alma
su eterno amor!

TODOS.
Su eterno amor!
su eterno amor!

FIN DE LA ZARZUELA.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

(*Adicion al mismo catálogo.*)

TÍTULOS.	Actos.	Propiedad que corresponde.
Como se guisa un conejo................	1	Todo.
Carta canta...........................	1	Id.
Cada mochuelo á su olivo...............	1	Id.
De noche todos los gatos son pardos......	1	Id.
Entre Pinto y Valdemoro...............	1	Id.
Ir con el siglo.........................	1	Id.
La mar!...............................	1	Id.
Los anónimos..........................	1	Id.
La cruz de beneficencia.................	1	Id.
Stabat Mater..........................	1	Id.
Señorita, el general....................	1	Id.
Un secreto entre mujeres................	1	id.
Triunfo de la esperanza.................	2	Id.
El conceller y el monarca................	3	Id.
La Beltraneja..........................	3	Mitad.
Pedro el sordo.........................	3	Todo.
D. Pacífico ó el Dómine irresoluto. (Zarzuela.)	1	Libro y música.
El aire de una mujer....................	1	Id. Id.
El hombre es débil.....................	1	Id. Id.
Flor de Aragon........................	1	Id. Id.
La Correspondencia de España...........	1	Id. Id.
=Tocar el violon.......................	1	Música.
Un ensayo de Pepe Hillo.................	1	Id.
=¡El Teatro en 1876!!...................	2	Id.
Travesuras amorosas....................	2	Libro y música.
La Perla..............................	3	Id. Id.

PUNTOS DE VENTA.

EN PROVINCIAS. En casa de los comisionados de los señores Gullon é Hidalgo, y en las principales librerías.

EN MADRID. En las librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo, y de L. Lopez, calle del Cármen.